

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

Habemus Papam
Robertum Franciscum Prevost qui
sibi nomen imposuit Leonem XIV





Sumario

EDITORIAL

- Todos
León, y la Iglesia “pequeña levadura”
de unidad y amor
ANDREA TORNIELLI en página 3
- León XIV: la Inteligencia Artificial
grabada en su nombre
LUCIO RUIZ en páginas 4-5

HABEMUS PAPAM

- Homilía del cardenal
Giovanni Battista Re, de la misa Pro Eligendo Romano Pontifice en páginas 8-9
- Primera bendición «Urbi et Orbi» del Santo Padre
León XIV, en páginas 10-11
- La celebración «pro Ecclesia»
en la Capilla Sixtina en páginas 13-14
- Audiencia con el Colegio
cardenalicio en páginas 15-16
- Primer Regina Coeli de León XIV en el Domingo

- del Buen Pastor en páginas 19-20
- En las Grutas vaticanas el Pontífice reza en las tumbas de sus predecesores en páginas 21-22
- El Papa recibe a los trabajadores de los medios de comunicación en páginas 23-24
- El Papa León XIV recibe al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede en páginas 29-31
- Homilía del Papa en la misa de inicio del ministerio petrino en páginas 32-35

EL INICIO DE UN PONTIFICADO

- Recuerdos de un profesor cercano,
con gran capacidad de escucha, sabiduría e inteligencia
ROCÍO LANCHO en páginas 37-40
- Claves de lectura para un pontificado que comienza:
Entrevista Monseñor Luis Marín
de San Martín, LORENA PACHO en páginas 41-46
- El corazón, tema central de dos Papas
ARTURO LÓPEZ en páginas 47-48



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

León, y la Iglesia “pequeña levadura” de unidad y amor

ANDREA TORNIELLI

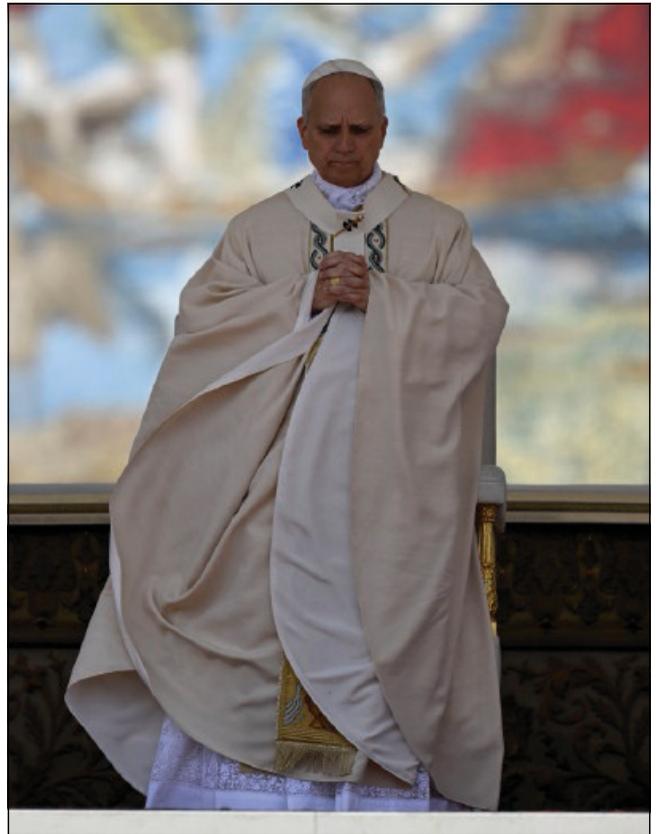
“Fui elegido sin ningún mérito y, con temor y temblor, vengo a ustedes como un hermano que quiere hacerse siervo de su fe y de su alegría, caminando con ustedes por el camino del amor de Dios, que nos quiere a todos unidos en una sola familia.” Así se presenta el Papa León XIV, obispo misionero, nieto de migrantes, 267º Obispo de Roma.

Las palabras sencillas y profundas de la homilía en la misa de inicio de su ministerio representan un programa que nos habla de una alteridad y de un estilo.

Una alteridad, porque en nuestro mundo tan marcado por las guerras, por el odio, la violencia y las divisiones, la palabra humilde del Sucesor de Pedro proclama el Evangelio del amor, de la unidad, de la compasión, de la fraternidad, de un Dios que nos quiere como una sola familia. Una alteridad también porque busca dar testimonio de amor, de diálogo y de comprensión, para derrotar el odio y la guerra que comienzan en el corazón humano, ya sea que ese corazón empuñe armas contra su hermano o lo crucifique con la arrogancia de palabras que hieren como piedras.

Y un estilo, porque León ha recordado que el ministerio de Pedro es ser *servus servorum Dei* (siervo de los siervos de Dios). Su servicio es el del amor y la entrega de la vida por los hermanos: “La Iglesia de Roma preside en la caridad, y su verdadera autoridad es la caridad de Cristo”. Por lo tanto, no se trata nunca “de capturar a los demás mediante el dominio, la propaganda religiosa o los medios del poder”, como tantas veces somos tentados a hacer en cada época, recurriendo a lo colateral, las estructuras, el protagonismo, el marketing religioso, las estrategias diseñadas desde el escritorio. Se trata, en cambio, “siempre y solamente de amar como lo hizo Jesús”.

Por eso Pedro “debe apacentar al rebaño sin ceder nunca a la tentación de ser un caudillo solitario o un jefe por encima de los demás, haciéndose dueño de las personas que le han sido en-



comendadas”. Al contrario, a él se le exige amar más. A él “se le pide servir la fe de los hermanos, caminando junto a ellos”.

En estas últimas palabras puede vislumbrarse la imagen del Buen Pastor que tantas veces propuso el Papa Francisco.

Es la imagen del pastor que camina delante del rebaño para guiarlo; en medio del rebaño para acompañarlo, sin sentirse superior ni separado; y también detrás del rebaño, para que nadie se pierda y así poder recoger a los últimos, a los más cansados del camino.

El obispo misionero que hoy se sienta en la Cátedra de Pedro nos invita, por tanto, a anunciar el Evangelio del amor, “sin encerrarnos en nuestro pequeño grupo ni sentirnos superiores al mundo”.

La Iglesia es un pueblo de pecadores perdonados, siempre necesitados de misericordia, que por eso mismo deberían estar “vacunados” contra cualquier complejo de superioridad, como seguidores de un Dios que eligió el camino de la debilidad y se rebajó hasta aceptar la muerte en la cruz para salvarnos.

“Estamos llamados a ofrecer a todos el amor de Dios”, dijo el Papa León, para ser, en la masa del mundo, “una pequeña levadura de unidad, de comunión y de fraternidad” y así dirigir la mirada hacia lo lejos, para ir al encuentro de las preguntas, las inquietudes y los desafíos de hoy.

León XIV: la Inteligencia Artificial grabada en su nombre

LUCIO ADRIÁN RUIZ*

“...pensé tomar el nombre de León XIV. Hay varias razones, pero la principal es porque el Papa León XIII, con la histórica Encíclica *Rerum novarum*, afrontó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial y hoy la Iglesia ofrece a todos, su patrimonio de Doctrina Social para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial, que comportan nuevos desafíos en la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo.” Esto implica un importante significado para la Iglesia. Con ese gesto, el nuevo Papa expresa su deseo de leer con mirada evangélica los signos de los tiempos y de asumir, desde la fe, los desafíos sociales, culturales y tecnológicos del mundo contemporáneo. En sus primeros discursos, León XIV ha dejado entrever su horizonte pastoral: la inteligencia artificial y sus implicancias sobre la dignidad de la persona humana, la justicia social, el futuro del trabajo y los desafíos de la evangelización en la cultura digital.

La inteligencia artificial

Aunque el desarrollo de la IA comenzó hace décadas, su aceleración vertiginosa en los últimos tiempos ha planteado interrogantes profundos. Las máquinas que procesan lenguaje, razonan y deciden de forma autónoma ya no pertenecen a la ciencia ficción: son parte cotidiana de la vida humana, transformando industrias, modos de comunicación, de educación, de acceso a la salud, las relaciones humanas y las cuestiones laborales, entre otros.

León XIV ha hecho suya esta preocupación, y ha convocado a la Iglesia a participar activamente en la configuración ética y social de este cambio: “responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la Inteligencia Artificial”.

Lejos de caer en un tecno pesimismo, el Papa ha subrayado la necesidad de reconocer tanto las oportunidades como los riesgos que la inteligencia artificial implica. La



revolución tecnológica puede ser oportunidad o pérdida, inclusión o exclusión. Por eso ha insistido en que es indispensable garantizar un desarrollo justo, que no deje a nadie atrás. Para ello, será clave reformar también el sistema educativo, social y laboral, permitiendo que las personas se capaciten, se reconviertan y participen activamente en los nuevos entornos digitales.

En este sentido, el Papa ha afirmado que “la inteligencia artificial con su potencial inmenso requiere, sin embargo, responsabilidad y discernimiento para orientar los instrumentos al bien de todos, de modo que puedan producir beneficios para la humanidad. Y esta responsabilidad nos concierne a todos, de acuerdo a la edad y a los

roles sociales.”

La Doctrina Social hacia la cultura digital

La cultura digital ya no es una dimensión periférica de la vida humana, sino un ámbito integral que configura nuestras relaciones, percepciones y búsquedas más profundas, incluyendo la fe.

Así lo reconoce el Sínodo de los Obispos sobre la Sinodalidad cuando llama a superar el falso dualismo entre lo real y lo virtual, y a comprender que hoy lo físico y lo digital se entrelazan.

La Iglesia está llamada a leer este fenómeno como un nuevo signo de los tiempos. Para Papa Francisco el mundo digital no es solo una herramienta sino un nuevo espacio a ser habitado, donde millones de personas, especialmente jóvenes, buscan sentido, pertenencia y sentido. Allí donde habitan los pueblos y sus lenguajes, especialmente los que están en las periferias existenciales, también debe resonar el Evangelio.

Esta nueva realidad plantea desafíos, como la fragmentación, la desinformación y la soledad, pero también abre una enorme oportunidad para la misión y el diálogo. Por esto el llamado del Sínodo es claro: dedicar recursos, coraje, creatividad y discernimiento pastoral para hacer del ambiente digital un lugar profético, capaz de anunciar la Buena Nueva.



Desde la perspectiva de la Doctrina Social de la Iglesia, este proceso requiere integrar valores fundamentales como la dignidad humana, que debe “ponerse en el centro” ante una lógica algorítmica que puede difuminarla o negarla; el bien común, que exige estructuras digitales inclusivas; la solidaridad, que impulsa una cultura del encuentro también en redes; y la subsidiaridad, que alienta a los creyentes a ser sujetos activos en su vida también digital. Así como León XIII supo ofrecer una respuesta evangélica a los cambios del mundo industrial, hoy León XIV puede reconocer que la cultura digital es un nuevo areópago que puede ser evangelizado, habitado y transformado. Una espiritualidad del buen samaritano nos inspira a no pasar de largo frente a quienes sufren, están solos o desorientados en estos nuevos caminos digitales. El desafío no es solo técnico o moral, sino profundamente humano y pastoral.

La misión de la Iglesia en el siglo XXI pasa también por estar presente, con coraje, discernimiento y esperanza, en los lugares donde hoy se juega la vida de las personas. Y eso incluye también de manera el mundo digital, especialmente en el desarrollo de la Inteligencia Artificial.

Continuando la misión en la era digital

León XIV se muestra atento a los signos de los tiempos, comprometido con una Iglesia en salida y donde la reforma sinodal (caminar juntos, como Pueblo de Dios, escuchando) sea el centro de todo proceso de cambio.

Su nombre nos remite a una Iglesia que supo leer la revolución industrial con voz profética. Su palabra hoy nos interpela a hacer lo mismo frente a la revolución digital. No se trata solo de adaptarse a la tecnología, sino de habitarla con responsabilidad, como cultura, y así evangelizarla desde dentro, defendiendo la dignidad humana y ofreciendo criterios claros para que la innovación no se convierta en exclusión.

La Inteligencia Artificial está transformando no sólo el modo en que trabajamos, sino también cómo aprendemos, accedemos a la salud, nos informamos, participamos de la vida pública y nos relacionamos.

Sus aplicaciones pueden facilitar la inclusión educativa, de la salud, de acceso a la información, entre muchos otros. Pero también pueden acentuar desigualdades si no se orientan con criterios éticos y humanizadores.

La Doctrina Social de la Iglesia puede ofrecer un marco para discernir estos procesos con esperanza y responsabilidad. En esta nueva etapa, los primeros llamados de León XIV se presentan claros: discernir con esperanza, actuar con justicia y evangelizar con sabiduría.

Una Iglesia que sepa habitar el presente, convencida de que también en las redes, en los algoritmos, en los entornos digitales y en los ámbitos creados por la IA, resuena el clamor del Evangelio y la promesa de una humanidad más digna y fraterna.

**Secretario del Dicasterio para la Comunicación*

La paz esté con todos ustedes



El escudo del Papa León XIV



Blasón

Tajado: en el primer campo, de color azul, con un lirio de plata; en el segundo, de color blanco, con un corazón ardiente atravesado por una flecha colocada en barra, todo de color rojo y sostenido por un libro al natural.

El escudo está timbrado por una mitra de plata, adornada con tres bandas de oro unidas por un palo del mismo metal, con las infules revoloteando, forradas de rojo, adornadas con cruces y flecos de oro, y unidas a las llaves de San Pedro cruzadas y superpuestas, la de banda de oro y la de barra de plata, unidas por un cordón rojo.

Lema

IN ILLO UNO UNUM.

Explicación:

El escudo del Santo Padre León XIV eleva, sobre un fon-

do azul, color que evoca las alturas del cielo y se caracteriza por su valor mariano, un símbolo clásico en referencia a la Santísima Virgen María, el lirio (flos florum). En el otro campo, de color blanco, destaca el emblema de la Orden Agustina, un corazón ardiente atravesado por una flecha. Esta figura representa simbólicamente las palabras de San Agustín recogidas en el libro de las Confesiones: «Sagittaveras tu cor meum caritate tua», («Has herido mi corazón con tu amor»). Se trata de un elemento que, desde el siglo XVI, estará siempre presente en el emblema de los agustinos, aunque con diferentes variantes, como la presencia del libro que simboliza la Palabra de Dios, capaz de transformar el corazón de todo ser humano, como lo hizo con Agustín. El libro recuerda también

las iluminadas obras que el Doctor de la Gracia regaló a la Iglesia y a la humanidad. El blanco (en el escudo papal en tono marfil) es un color que se repite en otros escudos de órdenes religiosos y puede interpretarse como símbolo de santidad y pureza. El lema, «In Illo uno unum» («En el único Cristo somos uno»), retoma las palabras que san Agustín pronunció en un sermón, la Exposición sobre el Salmo 127, para explicar que «aunque los cristianos somos muchos, en el único Cristo somos uno».

DON ANTONIO POMPILI

VICEPRESIDENTE DEL
INSTITUTO HERÁLDICO
GENEALÓGICO ITALIANO

El Papa en las redes sociales

El Santo Padre León XIV ha decidido mantener una presencia activa en las redes sociales a través de cuentas oficiales papales en X e Instagram. En efecto, a partir de hoy, León XIV recoge la herencia de las cuentas de X @Pontifex que utilizó el Papa Francisco y, con anterioridad, Benedicto XVI, y que, publicando en nueve idiomas (inglés, español, portugués, italiano, francés, alemán, polaco, árabe y latín) suman en total 52 millones de seguidores. Los contenidos publicados por el Papa Francisco serán archivados próximamente en la correspondiente sección del sitio web institucional de la Santa Sede, Vatican.va. En Instagram, la cuenta del nuevo

Papa se llama @Pontifex - Pope Leo XIV, y es la única cuenta oficial del Santo Padre en esta plataforma, en continuidad con la cuenta del Papa Francisco, @Franciscus. Los contenidos publicados en la cuenta @Franciscus seguirán siendo accesibles como archivo conmemorativo "Ad Memoriam". La presencia de los Papas en las redes sociales comenzó el 12 de diciembre de 2012, cuando el Papa Benedicto XVI lanzó la cuenta @Pontifex en el entonces Twitter; pocos meses después, fue retomada por el Papa Francisco. A este canal se añadió, el 19 de marzo de 2016, la cuenta oficial en Instagram, llamada @Franciscus. La actividad del Papa Francisco



en las redes sociales ha sido significativa: un total de unos 50.000 posts, publicados en las nueve cuentas de @Pontifex y en @Franciscus. De este modo, nos ha acompañado casi todos los días de su pontificado con breves mensajes de carácter evangélico o con exhortaciones a favor de la paz, la justicia social y el cuidado de la creación; y ha alcanzado una gran interacción, especialmente en los tiempos difíciles (en el 2020, año de datos excepcionales a causa de la pandemia, sus mensajes fueron vistos 27.000).

Papa que mejor sepa despertar las conciencias de todos y las fuerzas morales y espirituales

En los Hechos de los Apóstoles se lee que, después de la ascensión de Cristo al cielo y en espera de Pentecostés, todos perseveraban unidos en la oración junto con María, la Madre de Jesús (cf. Hch 1,14).

Es precisamente lo que también nosotros estamos haciendo a pocas horas del inicio del cónclave, bajo la mirada de la Virgen colocada al lado del altar, en esta Basílica que se eleva sobre la tumba del apóstol Pedro.

Notamos como todo el pueblo de Dios está unido a nosotros con su sentido de fe, su amor al Papa y su confiada esperanza.

Estamos aquí para invocar el auxilio del Espíritu Santo, para implorar su luz y su fuerza, a fin de que sea elegido el Papa que la Iglesia y la humanidad necesitan en este momento de la historia tan difícil y complejo.

Rezar, invocando al Espíritu Santo, es la única actitud justa y necesaria, mientras los cardenales electores se preparan a un acto de máxima responsabilidad humana y eclesial, y a una decisión de gran importancia; un acto humano por el cual se debe abandonar cualquier consideración personal, y tener en la mente y en el corazón sólo al Dios de Jesucristo y el bien de la Iglesia y de la humanidad.

En el Evangelio que ha sido proclamado han resonado palabras que nos conducen al corazón del mensaje-testamento supremo de Jesús, entregado a sus Apóstoles en la

tarde de la última cena en el Cenáculo: «Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado» (Jn 15,12). Y para precisar ese “como yo los he amado” e indicar hasta dónde debe llegar nuestro amor, Jesús afirma a continuación: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13).

Es el mensaje del amor, que Jesús define mandamiento “nuevo”. Nuevo porque transforma en positivo y amplía en gran medida la exhortación del Antiguo Testamento, que decía: “No hagas a los demás lo que no quisieras que te hagan a ti”.

El amor que Jesús revela no conoce límites y debe caracterizar los pensamientos y la acción de todos sus discípulos, que en su con-

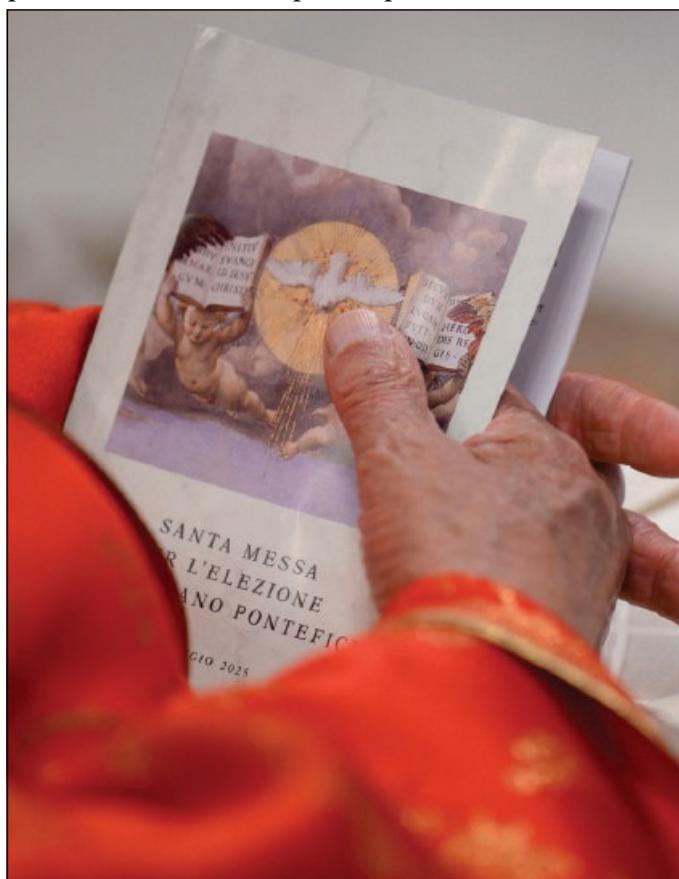
ducta siempre deben manifestar un amor auténtico y comprometerse en la construcción de una nueva civilización, que Pablo VI llamó “civilización del amor”. El amor es la única fuerza capaz de cambiar el mundo.

Jesús nos ha dado ejemplo de este amor al comienzo de la última cena con un gesto sorprendente: se abajó al servicio de los demás, lavando los pies a los Apóstoles, sin discriminaciones, sin excluir a Judas que lo iba a traicionar.

Este mensaje de Jesús se enlaza con lo que hemos escuchado en la primera lectura de la Misa, en la que el profeta Isaías nos ha recordado que la cualidad fundamental de los Pastores es el amor hasta el don total de sí.

De los textos litúrgicos de esta celebración eucarística nos llega, por tanto, una invitación al amor fraterno, a la ayuda mutua y al compromiso por la comunión eclesial y la fraternidad humana universal. Entre las tareas de todo sucesor de Pedro está la de acrecentar la comunión: comunión de todos los cristianos con Cristo; comunión de los obispos con el Papa; comunión entre los obispos. No una comunión autorreferencial, sino dirigida totalmente a la comunión entre las personas, los pueblos y las culturas, velando para que la Iglesia sea siempre “casa y escuela de comunión”.

También es fuerte la llamada a mantener la unidad de la Iglesia en la senda trazada por Cristo





a los Apóstoles. La unidad de la Iglesia es querida por Cristo; una unidad que no significa uniformidad, sino una firme y profunda comunión en la diversidad, siempre que se mantenga en plena fidelidad al Evangelio.

Todo Papa sigue encarnando a Pedro y su misión, y de esa manera representa a Cristo en la tierra; él es la roca sobre la cual se edifica la Iglesia (cf. Mt 16,18).

La elección del nuevo Papa no es una simple sucesión de personas, sino que es siempre el apóstol Pedro que regresa.

Los cardenales electores expresarán su voto en la Capilla Sixtina, donde –como dice la Constitución apostólica *Universi dominici*



gregis– «todo contribuye a hacer más viva la presencia de Dios, ante el cual cada uno deberá presentarse un día para ser juzgado».

En *Tríptico Romano*, el Papa Juan Pablo II expresaba el deseo de que, en las horas de la gran decisión mediante el voto, la majestuosa imagen de Miguel Ángel

que representa a Jesús Juez recordase a cada uno la grandeza de la responsabilidad de poner las “soberanas llaves” (Dante) en las manos adecuadas.

Recemos, por tanto, para que el Espíritu Santo, que en los últimos cien años nos ha dado una serie de Pontífices verdaderamente santos y grandes, nos regale un nuevo Papa según el co-

razón de Dios para el bien de la Iglesia y de la humanidad.

Recemos para que Dios conceda a la Iglesia el Papa que mejor sepa despertar las conciencias de todos y las fuerzas morales y espirituales en la sociedad actual, caracterizada por un gran progreso tecnológico, pero que tiende a olvidarse de Dios.

El mundo de hoy espera mucho de la Iglesia para la tutela de esos valores fundamentales, humanos y espirituales, sin los cuales la convivencia humana no será mejor ni portadora de bien para las generaciones futuras.

Que la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, inter venga con su intercesión maternal, para que el Espíritu Santo ilumine las mentes de los cardenales electores y los haga concordés en la elección del Papa que necesita nuestro tiempo.





La paz desarmada y desarmante

En la tarde del 8 de mayo, después de la fumata blanca a las 18.07 desde la chimenea de la Capilla Sixtina que anunciaba al mundo la elección, a las 19.23 el nuevo Pontífice León XIV, precedido de la Cruz, se asomó al balcón de la Basílica Vaticana para saludar al pueblo e impartir la Bendición Apostólica "Urbi et Orbi", introduciéndola con las palabras que publicamos a continuación.

¡La paz esté con todos ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, este es el primer saludo del Cristo Resucitado, el buen pastor que dio su vida por el rebaño de Dios.

Yo también quisiera que este saludo de paz entrara en sus corazones, alcanzara a sus familias, a todas las personas, dondequiera que se encuentren, a todos los pueblos, a toda la tierra. ¡La paz esté con

ustedes! Esta es la paz de Cristo Resucitado, una paz desarmada y desarmante, humilde y perseverante.

Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente. Todavía conservamos en nuestros oídos esa voz débil pero siempre valiente del Papa Francisco que bendecía a Roma.

El Papa que bendecía a Roma daba su bendición al mundo, al mundo entero, aquella mañana de Pascua.

Permítanme continuar con esa misma bendición: Dios nos quiere, Dios los ama a todos, ¡y el mal no prevalecerá! Todos estamos en manos de Dios. Por lo tanto, sin miedo, unidos de la mano con Dios y entre nosotros, sigamos adelante. Somos discípulos de Cristo.

Cristo nos precede. El mundo necesita su luz. La humanidad

lo necesita como puente para ser alcanzada por Dios y por su amor.

Ayúdenos también ustedes, y ayúdense unos a otros a construir puentes, con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo siempre en paz. ¡Gracias al papa Francisco!

Quiero dar las gracias también a todos los hermanos cardenales que me han elegido para ser sucesor de Pedro y caminar junto a ustedes, como Iglesia unida, buscando siempre la paz, la justicia, tratando siempre de trabajar como hombres y mujeres fieles a Jesucristo, sin miedo, para proclamar el Evangelio, para ser misioneros.

Soy hijo de san Agustín, agustiniano, que dijo: «Con ustedes soy cristiano y para ustedes obispo». En este sentido, to-

dos podemos caminar juntos hacia la patria que Dios nos ha preparado. ¡Un saludo especial a la Iglesia de Roma! [aplau-
sos] Debemos buscar juntos cómo ser una Iglesia misionera, una Iglesia que construye puentes, el diálogo, siempre abierta a acoger como esta plaza con los brazos abiertos.

A todos, a todos los que necesitan nuestra caridad, nuestra presencia, el diálogo y el amor.

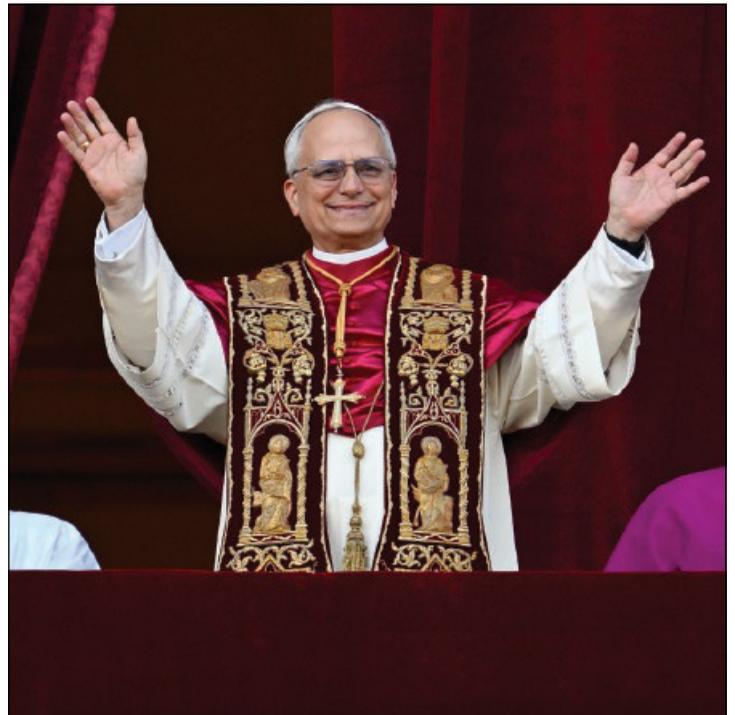
Y si me permiten también, una palabra, un saludo a todos aquellos y en modo particular a mi querida diócesis de Chiclayo, en el Perú, donde un pueblo fiel ha acompañado a su obispo, ha compartido su fe y ha dado tanto, tanto para seguir siendo Iglesia fiel de Jesucristo.

A todos ustedes, hermanos y hermanas de Roma, de Italia, de todo el mundo, queremos ser una Iglesia sinodal, una Iglesia que camina, una Iglesia que busca siempre la paz, que busca siempre la caridad, que busca siempre estar cercana especialmente a los que sufren.



Hoy es el día de la Súplica a la Virgen de Pompeya. Nuestra Madre María siempre quiere caminar con nosotros, estar cercana, ayudarnos con su intercesión y su amor. Por eso, quisiera rezar con us-

tedes. Recemos juntos por esta nueva misión, por toda la Iglesia, por la paz en el mundo y pidamos esta gracia especial a María, nuestra Madre. Ave María...



La primera salida del Papa León XIV

"¡Gracias a ustedes!"

En la noche del jueves 8 de mayo de 2025, el Papa se dirigió al Palacio del Santo Oficio, donde residió hasta su elección al Trono de Pedro. Saludó con afecto a los presentes reunidos en el patio interior y estuvo disponible para tomarse selfies. Luego impartió la bendición y expresó su gratitud a todos.

ISABELLA PIRO

"¡Gracias a ustedes!" Con afecto y gratitud, el Papa León XIV se dirigió en la noche de ayer, jueves 8 de mayo, a los residentes del Palacio del Santo Oficio. Pocas horas después de su elección al Trono de Pedro, en su primera salida fuera de los Muros Vaticanos, el nuevo Pontífice se dirigió al lugar donde había vivido durante los últimos dos meses —o más exactamente, "siete semanas", como él mismo precisó—, donde una simple placa en una pequeña puerta de entrada aún dice: "Robert Card. Prevost".

Aplausos y apretones de manos

Recibido con un aplauso conteni-

do, el Papa llegó en automóvil hasta el patio del Palacio del Santo Oficio. Vestido de blanco, destacando en la oscuridad de la noche, saludó con un apretón de manos a cada uno de los presentes, intercambiando también algunas palabras en español con fieles provenientes de México y Venezuela.

También estuvo presente la religiosa francesa Nathalie Becquart, perteneciente a la Congregación de La Xavière, subsecretaria del Sínodo de los Obispos, quien —en una publicación en X— escribió:

"Estoy feliz de encontrarme y felicitar a nuestro nuevo Papa sinodal, que regresa a nuestro Palacio donde vivía".

"Tengo que practicar la nueva firma"

Luego, una niña llamada Michela se le acercó tímidamente para pedirle que bendijera una Biblia y la firmara. León XIV accedió con gusto a la doble petición y, con un toque de humor, añadió: "To-



davía tengo que hacer algunas pruebas con la firma, ¡la antigua ya no sirve!". Para asegurarse de no equivocarse, le pidió a la niña que deletreara su nombre y, al añadir la fecha junto a la firma, bromeó diciendo: "¿Qué día es hoy? ¿8 de mayo?"

Los selfies con los presentes

El Papa bendijo entonces a los fieles, concluyendo sus palabras con: "¡Felicidades! ¡Gracias a ustedes!". Finalmente, no se negó a la petición de algunos presentes que le pidieron tomarse un selfie con él.

Previamente, justo después de impartir la primera bendición *Urbi et Orbi* alrededor de las 19:30 desde la Logia central de la basílica vaticana, el 267º Pontífice también había saludado a varios fieles que lo esperaban frente a la Casa Santa Marta, quienes lo recibieron con el grito de "¡Viva el Papa!". A esta exclamación de alegría, el sucesor de Pedro respondió con un gesto de saludo antes de regresar al lugar donde residió durante el período del Cónclave.



La Iglesia sea arca de salvación y faro en las noches del mundo

La Iglesia «ciudad puesta sobre el monte, arca de salvación que navega a través de las mareas de la historia, faro que ilumina las noches del mundo», este es el corazón de la homilía pronunciada por León XIV la mañana del 9 de mayo, durante la misa pro Ecclesia con los cardenales presidida en la Capilla Sixtina. Al día siguiente de la elección la solio de Pedro, del nuevo Pontífice llegó la advertencia a la urgencia de anunciar el Evangelio también en los contextos más difíciles y de «gastándose hasta el final para que a nadie falte la oportunidad de conocer y amar» a Cristo.

Comienzo con unas palabras en inglés, y el resto será en italiano. Quisiera repetir la frase del salmo responsorial: «Canten al Señor un canto nuevo, porque Él hizo maravillas» (Sal 98,1). Y en efecto, no sólo conmigo, hermanos míos cardenales, sino con todos nosotros, como lo celebramos esta mañana.

Los invito a reconocer las maravillas que el Señor ha hecho, las bendiciones que el Señor sigue derramando sobre todos nosotros, a través del ministerio de Pedro.

Ustedes me han llamado a cargar esa cruz y a ser bendecido con esa misión. Y sé que puedo contar con todos y cada uno de ustedes para caminar conmigo, mientras continuamos, como Iglesia, como comunidad de amigos de Jesús, como creyentes, anunciando la Buena Nueva y proclamando el Evangelio.

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Con estas palabras Pedro, interrogado por el Maestro junto con los otros discípulos sobre su fe en Él, expresa en síntesis el patrimonio que desde hace dos mil años la Iglesia, a través de la sucesión apostólica, custodia, profundiza y trasmite.

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es decir, el único Salvador y el que nos revela el rostro del Padre.



En Él Dios, para hacerse cercano a los hombres, se ha revelado a nosotros en los ojos confiados de un niño, en la mente inquieta de un joven, en los rasgos maduros de un hombre (cf. Concilio Vaticano II, Const. pastoral *Gaudium et spes*, 22), hasta aparecerse a los suyos, después de la resurrección, con su cuerpo glorioso. Nos ha mostrado así un modelo de humanidad santa que todos podemos imitar, junto con la promesa de un destino eterno que, sin embargo, supera todos nuestros límites y capacidades.

Pedro, en su respuesta, asume ambas cosas: el don de Dios y el camino que se debe recorrer para dejarse transformar, dimensiones inseparables de la salvación, confiadas a la Iglesia para que las anuncie por el bien de la humanidad. Nos las confía a nosotros, elegidos por Él antes de que nos formásemos en el vientre materno (cf. Jr 1,5), regenerados en el agua del Bautismo y, más allá de nuestros límites y sin ningún mérito propio, conducidos aquí y desde aquí enviados, para que el Evange-

lio se anuncie a todas las criaturas (cf. Mc 16,15).

Dios, de forma particular, al llamarme a través del voto de ustedes a suceder al primero de los Apóstoles, me confía este tesoro a mí, para que, con su ayuda, sea su fiel administrador (cf. 1 Co 4,2) en favor de todo el Cuerpo místico de la Iglesia; de modo que esta sea cada vez más la ciudad puesta sobre el monte (cf. Ap 21,10), arca de salvación que navega a través de las mareas de la historia, faro que ilumina las noches del mundo. Y esto no tanto gracias a la magnificencia de sus estructuras y a la grandiosidad de sus construcciones —como los monumentos en los que nos encontramos—, sino por la santidad de sus miembros, de ese «pueblo adquirido para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz» (1 P 2,9). Con todo, por encima de la conversación en la que Pedro hace su profesión de fe, hay otra pregunta: «¿Qué dice la gente —pregunta Jesús— sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (Mt

16,13). No es una cuestión banal, al contrario, concierne a un aspecto importante de nuestro ministerio: la realidad en la que vivimos, con sus límites y sus potencialidades, sus cuestionamientos y sus convicciones.

«¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (Mt 16,13). Pensando en la escena sobre la que estamos reflexionando, podremos encontrar dos posibles respuestas a esta pregunta, que delimitan otras tantas actitudes.

En primer lugar, está la respuesta del mundo. Mateo señala que la conversación entre Jesús y los suyos acerca de su identidad sucede en la hermosa ciudad de Cesarea de Filipo, rica de palacios lujosos, engarzada en un paraje natural encantador, a las faldas del Hermón, pero también sede de círculos crueles de poder y teatro de traiciones y de infidelidades. Esta imagen nos habla de un mundo que considera a Jesús una persona que carece totalmente de importancia, al máximo un personaje curioso, que puede suscitar asombro con su modo insólito de hablar y de actuar. Y así, cuando su presencia se vuelva molesta por las instancias de honestidad y las exigencias morales que solicita, este mundo no dudará en rechazarlo y eliminarlo.

Hay también otra posible respuesta a la pregunta de Jesús, la de la gente común. Para ellos el Nazareno no es un charlatán, es un hombre recto, un hombre valiente, que habla bien y que dice cosas justas, como otros grandes profetas de la historia de Israel. Por eso lo siguen, al menos hasta donde pueden hacerlo sin demasiados riesgos e inconvenientes. Pero lo consideran sólo un hombre y, por eso, en el momento del peligro, durante la Pasión, también ellos lo abandonan y se van, desilusionados.



Llama la atención la actualidad de estas dos actitudes. Ambas encarnan ideas que podemos encontrar fácilmente —tal vez expresadas con un lenguaje distinto, pero idénticas en la sustancia— en la boca de muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Hoy también son muchos los contextos en los que la fe cristiana se tiene un absurdo, algo para personas débiles y poco inteligentes, contextos en los que se prefieren otras seguridades distintas a la que ella propone, como la tecnología, el dinero, el éxito, el poder o el placer.

Hablamos de ambientes en los que no es fácil testimoniar y anunciar el Evangelio y donde se ridiculiza a quien cree, se le obstaculiza y desprecia, o, a lo sumo, se le soporta y compadece. Y, sin embargo, precisamente por esto, son lugares en los que la misión es más urgente, porque la falta de fe lleva a menudo consigo dramas como la pérdida del sentido de la vida, el olvido de la misericordia, la violación de la dignidad de la persona en sus formas más dramáticas, la crisis de la familia y tantas heridas más que acarrear no poco sufrimiento a nuestra sociedad.

No faltan tampoco los contextos en los que Jesús, aunque apreciado como hombre, es reducido solamente a una especie de líder carismático o a un superhombre, y esto no sólo entre los no creyentes, sino incluso

entre muchos bautizados, que de ese modo terminan viviendo, en este ámbito, un ateísmo de hecho.

Este es el mundo que nos ha sido confiado, y en el que, como enseñó muchas veces el Papa Francisco, estamos llamados a dar testimonio de la fe gozosa en Jesús Salvador. Por esto, también para nosotros, es esencial repetir: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

Es fundamental hacerlo antes de nada en nuestra relación personal con Él, en el compromiso con un camino de conversión cotidiano. Pero también, como Iglesia, viviendo juntos nuestra pertenencia al Señor y llevando a todos la Buena Noticia (cf. Concilio Vaticano II, Const. dogmática, *Lumen gentium*, 1).

Lo digo ante todo por mí, como Sucesor de Pedro, mientras inicio mi misión de Obispo de la Iglesia que está en Roma, llamada a presidir en la caridad la Iglesia universal, según la célebre expresión de S. Ignacio de Antioquía (cf. Carta a los Romanos, Proemio). Él, conducido en cadenas a esta ciudad, lugar de su inminente sacrificio, escribía a los cristianos que allí se encontraban: «en ese momento seré verdaderamente discípulo de Cristo, cuando el mundo ya no verá más mi cuerpo» (Carta a los Romanos, IV, 1). Hacía referencia a ser devorado por las fieras del circo —y así ocurrió—, pero sus palabras evocan en un sentido más general un compromiso irrenunciable para cualquiera que en la Iglesia ejercite un ministerio de autoridad, desaparecer para que permanezca Cristo, hacerse pequeño para que Él sea conocido y glorificado (cf. Jn 3,30), gastándose hasta el final para que a nadie falte la oportunidad de conocerlo y amarlo. Que Dios me conceda esta gracia, hoy y siempre, con la ayuda de la tierna intercesión de María, Madre de la Iglesia.

En la audiencia con el Colegio cardenalicio León XIV explica la elección del nombre

Animados por la esperanza que viene de la fe

«Es el Resucitado, presente en medio de nosotros, quien protege y guía a la Iglesia, y continúa a reavivarla en la esperanza», esa «de todos los que busquen con ánimo sincero la verdad, la justicia, la paz y la fraternidad»: lo recordó León XIV en la primera audiencia con el Colegio cardenalicio, que tuvo lugar la mañana del sábado 10 de mayo, en el Aula nueva del Sínodo. En el centro del discurso, también la gratitud por su predecesor Francisco, del cual recoger la «valiosa herencia» para retomar el camino, y la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo, tras las huellas de la Rerum novarum de León XIII, en el cual el Papa Prevost se ha inspirado para la elección del nombre.

Muchas gracias, Eminencia:

Antes de sentarnos comencemos con una oración, pidiendo que el Señor siga acompañando el Colegio y a toda la Iglesia con este espíritu y entusiasmo, que es sin embargo de profunda fe. Recemos juntos en latín: Pater noster... Ave María...

En la primera parte del encuentro hay un pequeño discurso con las reflexiones que quisiera compartir con ustedes. Pero después habrá una segunda parte, que muchos han solicitado, será una especie de diálogo con el Colegio Cardenalicio en el cual poder escuchar los consejos, las sugerencias, las propuestas concretas, de las cuales que ya se ha hablado en los días anteriores al cónclave.

Hermanos cardenales:

Los saludo y les agradezco a todos por este encuentro y por los días que lo han precedido, dolorosos por la pérdida del Santo Padre Francisco, arduos por las responsabilidades afrontadas juntos y, al mismo tiempo, según la promesa que Jesús mismo nos ha hecho, ricos de gracia y

de consolación en el Espíritu (cf. Jn 14,25-27).

Ustedes, queridos cardenales, son los más estrechos colaboradores del Papa, y esto me sirve de consuelo al aceptar un yugo que claramente supera no sólo mis fuerzas, sino a las de cualquier otro. Su presencia me recuerda que el Señor, que me ha confiado esta misión, no me deja solo con la carga de esta responsabilidad. Ante todo, sé que cuento siempre, siempre, con su auxilio, el auxilio del Señor, y, por su Gracia y Providencia, con la cercanía de ustedes y de tantos hermanos y hermanas que en el mundo entero creen en Dios, aman a la Iglesia y sostienen con la oración y las buenas obras al Vicario de Cristo. Mi agradecimiento al Decano del Colegio Cardenalicio, el cardenal Giovanni Battista Re —merece un aplauso, al menos uno, si no más— que, con su sabiduría, fruto de una larga vida y de muchos años de fiel servicio a la Sede Apostólica, nos ha ayudado mucho en este tiempo. También agradezco al Camarlengo de la santa Iglesia romana, el cardenal Kevin Joseph Farrell —creo que está aquí presente—, por el valioso y difícil papel que ha desempeñado durante el tiempo de la Sede Vacante y la convocación del cónclave. Dirijo también mi pensamiento a los hermanos cardenales que, por razones de salud, no han podido estar presentes y, junto con ustedes, me uno a ellos en comunión de afecto y oración.

En este momento, a la vez triste y alegre, envuelto providencialmente en la luz de la Pascua, quisiera que contempláramos juntos el tránsito del recordado Santo Padre Francisco y el cónclave como un acontecimiento pascual, una etapa del largo éxodo a través del cual el Señor si-



gue guiándonos hacia la plenitud de la vida. En esta perspectiva, confiamos al «Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo» (2 Co 1,3) el alma del Pontífice difunto y también el futuro de la Iglesia.

El Papa, desde san Pedro hasta mí, su indigno sucesor, es un humilde siervo de Dios y de los hermanos, y nada más que esto. Lo han demostrado bien los ejemplos de muchos de mis predecesores, como el del Papa Francisco mismo, con su estilo de total dedicación al servicio y de sobria esencialidad de vida, de abandono en Dios durante el tiempo de la misión y de serena confianza en el momento del retorno a la Casa del Padre. Recojamos esta valiosa herencia y retomemos el camino, animados por la misma esperanza que nos viene de la fe.

Es el Resucitado, presente en medio de nosotros, quien protege y guía a la Iglesia, y continúa a reavivarla en la esperanza, a través del amor que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5). A nosotros nos toca ser dóciles oyentes de su voz y ministros fieles de sus designios de salvación, recordando que Dios ama comunicarse, más



que en el fragor del trueno o del terremoto, en «el rumor de una brisa suave» (1 R 19,12) o, como lo traducen algunos, en una “sutil voz de silencio”. Este es el encuentro importante, que no hay que perder, y hacia el cual hay que educar y acompañar a todo el santo Pueblo de Dios que nos ha sido confiado.

En los días pasados hemos podido ver la belleza y sentir la fuerza de esta inmensa comunidad que, con tanto afecto y devoción, ha despedido y llorado a su Pastor, acompañándolo con la fe y la oración hasta su encuentro definitivo con el Señor. Hemos visto cuál es la verdadera grandeza de la Iglesia, que vive en la variedad de sus miembros, unidos a su única Cabeza, Cristo «Pastor y Guardián» (1 P 2,25) de nuestras almas. Ella es el vientre en el que también nosotros fuimos generados y, al mismo tiempo, la grey (cf. Jn 21,15-17), el campo (cf. Mc 4, 1-20) que se nos ha entregado para que lo cuidemos y lo cultivemos, lo alimentemos con los Sacramentos de salvación y lo fecundemos con la semilla de la Palabra, de manera que, sólido en la concordia y entusiasta en la misión, camine, como una vez los israelitas en el desierto, a la sombra de la nube y a la luz del fuego de Dios (cf. Ex 13,21).

Y a este propósito, quisiera que renováramos juntos, hoy, nuestra plena adhesión a ese camino, a la vía

que desde hace ya decenios la Iglesia universal está recorriendo tras las huellas del Concilio Vaticano II. El Papa Francisco ha recordado y actualizado magistralmente su contenido en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, de la que me gustaría destacar algunas notas fundamentales: el regreso al primado de Cristo en el anuncio (cf. n. 11); la conversión misionera de toda la comunidad cristiana (cf. n. 9); el crecimiento en la colegialidad y en sinodalidad (cf. n. 33); la atención al *sensus fidei* (cf. nn. 119-120), especialmente en sus formas más propias e inclusivas, como la piedad popular (cf. 123); el cuidado amoroso de los débiles y descartados (cf. n. 53); el diálogo valiente y confiado con el mundo contemporáneo en sus diferentes componentes y realidades (cf. n. 84, Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1-2).

Se trata de los principios del Evangelio que animan e inspiran, desde siempre, la vida y la obra de la Familia de Dios; de los valores a través de los cuales el rostro misericordioso del Padre se ha revelado y continúa a revelarse en el Hijo hecho hombre, esperanza última de todos los que busquen con ánimo sincero la verdad, la justicia, la paz y la fraternidad (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 2; Francisco, Bulla *Spes non confundit*, 3).

Precisamente, al sentirme llamado a proseguir este camino, pensé tomar el nombre de León XIV. Hay varias razones, pero la principal es porque el Papa León XIII, con la histórica Encíclica *Rerum novarum*, afrontó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial y hoy la Iglesia ofrece a todos, su patrimonio de doctrina social para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial, que comportan nuevos desafíos en la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo.

Queridos hermanos, quisiera terminar esta primera parte de nuestro encuentro haciendo mío y proponiéndoselo también a ustedes el deseo que san pablo VI, en 1963, expresó en el inicio de su ministerio petrino: «Que sobre el mundo entero pase una gran llama de fe y de amor que ilumine a todos los hombres de buena voluntad, allanando los caminos de la colaboración recíproca y que atraiga sobre la humanidad, la abundancia de la benevolencia divina, la fuerza misma de Dios, sin cuya ayuda nada vale ni nada es santo» (Primer Mensaje al mundo entero *Qui fausto die*, 22 junio 1963).

Que sean también estos nuestros sentimientos y, con la ayuda del Señor, los traduzcamos en oración y compromiso. Gracias.

El Papa León XIV visita el santuario de la Madre del Buen Consejo de Genazzano

RENATO MARTÍNEZ

La Oficina de Prensa de la Santa Sede dio a conocer a través de su canal de Telegram que, la tarde del sábado, 10 de mayo, poco después de las 16.00 hora de Roma, el Papa León XIV llegó al Santuario de la Madre del Buen Consejo en Genazzano, a las afueras de Roma, para una visita privada. El santuario, regentado por los religiosos de la Orden de San Agustín, alberga una antigua imagen de la Virgen, muy querida por la Orden de los Agustinos y en memoria de León XIII.

Asimismo, la Oficina de Prensa del Vaticano señaló que, “tras la festiva acogida por parte de varios centenares de personas reunidas en la plaza frente al Santuario, el Papa entró en la iglesia, donde saludó a los religiosos y se detuvo a rezar, primero delante del altar y luego delante de la imagen de la Virgen, donde con los presentes recitó la oración de Juan Pablo II a la Madre del Buen Consejo”.

Al final, después de recitar el Ave María y cantar la Salve Regina, el Papa León XIV se dirigió a los presentes en la iglesia, saludándolos a quienes estaban en el templo y a los “genazzanos” que estaban reunidos fuera de la iglesia.

“He deseado mucho venir aquí en estos primeros días del nuevo ministerio que la Iglesia me ha confiado, para llevar adelante esta misión como Sucesor de Pedro”. Y recordando la visita realizada tras su elección como Prior General de la Orden de San Agustín (en 2001), y la elección de «ofrecer la propia vida a la Iglesia», el Papa reiteró su «confianza en la Madre del Buen Consejo», compañía «de luz, de sabiduría» con las palabras que María dirigió a



los sirvientes el día de las bodas de Caná, narradas en el Evangelio de Juan: «Hagan lo que Él les diga».

Luego, junto con la comunidad agustina, el Papa se dirigió a una sala interior para un encuentro privado.

El santuario, regentado por los religiosos de la Orden de San Agustín, alberga una antigua imagen de la Virgen, procedente de Scutari (Albania), muy querida por la Orden y en memoria de León XIII, Papa que nunca llegó a visitarlo pero que en 1903 lo elevó a la dignidad de basílica menor.

Otros Papas habían recurrido a la Madre del Buen Consejo: Juan XXIII en 1959 y Juan Pablo II en 1993. Hoy, en cambio, es el Papa León XIV, quien siendo cardenal, el 25 de abril de 2024, celebró la Misa en el Santuario con ocasión de la fiesta de la “Venida” de la Madre del Buen Consejo. En su homilía, el entonces cardenal Prevoost expresó su devoción a la Virgen, instando a los fieles a inspirarse en María para difundir la paz y la reconciliación en el mundo.

León XIV en Santa María la Mayor reza ante la tumba del Papa Francisco

SALVATORE CERNUZIO

El Pontífice, al regresar de Genazzano, se detuvo en la Basílica liberiana para rendir homenaje a su predecesor. Unos momentos, solos, en silencio y el regalo de una rosa blanca colocada sobre el mármol con la inscripción grabada "Franciscus". Oración también ante la Salus Populi Romani y saludo a centenares de personas, en la Basílica para visitar la tumba y rezar el Rosario, tomadas totalmente por sorpresa por la llegada del recién elegido Papa.

El primer gesto fue arrodillarse y colocar una rosa blanca -la inevitable rosa blanca, en memoria de Santa Teresita- sobre el mármol donde está grabada la palabra Franciscus. El Papa León XIV, después de su excursión a Genazzano donde por la tarde rezó en el santuario de la Madre del Buen Consejo, no regresó al Vaticano sino que prolongó su viaje hasta la Basílica de Santa María la Mayor para rendir homenaje a su predecesor Francisco.

A las 19.05, transcurrido el horario de cierre de las visitas, el Papa llegó a la plaza de la Basílica Liberiana donde los fieles se disponían a ocupar sus lugares para el rezo del Rosario vespertino. La seguridad bloqueó entradas y pasajes; Esa es la primera señal. "¿Pero quién viene?" gritó una mujer cerca de la barrera. "¡El Papa, señora!" "¿El Papa? ¿Como el Papa? No tuve tiempo ni de terminar la frase cuando el todoterrero negro apareció en la rotonda frente a la iglesia, recibido por una ovación, aplausos y gritos de "Leone, Leone" que ahora acompañan cada aparición del recién elegido Papa. Sentado delante, el Papa Prevost saludó a todos desde la ventana para luego entrar por la puerta lateral, esa que ha visto entrar más de cien veces al Fiat 500 L blanco con el Papa Francisco a bordo ca-

mino de Santa Maria Maggiore para saludar a su "madre".

Sorprendió la disposición de los más de cien fieles a correr desde el exterior al interior de la Basílica y ubicarse entre las columnas valladas a los lados de la nave central para esperar la entrada del Papa. Los aplausos fueron muy fuertes, más fuerte aún el grito de "Papa León", que acompañó la llegada del Pontífice, sonriente, tranquilo, con la mano derecha levantada para saludar a quien tenía delante. Un bosque de smartphones y cámaras inmortalizó cada paso, acentuado por algunas caricias y apretones de manos. La dirección era la capilla de la Salus Populi Romani, donde León XIV se detuvo unos instantes en oración ante el icono del santo patrón de Roma que según la historia y la tradición fue pintado por San Lucas. El Papa colocó un ramo de rosas sobre el altar. Junto a él, el cardenal Rolandas Makrickas, arcipreste de Santa María la Mayor, y el cardenal argentino Ángel Sixto Rossi. A la salida, el Papa quiso saludar a un grupo de monjas y algunas mujeres y niños que lograron alcanzar la cuerda de terciopelo. Algunos apretones de manos, bajo el control de los gendarmes, mientras bajo los mosaicos y los frescos de la Basílica, resonaban coros en italiano y español.

Una última sonrisa a la multitud, luego el Papa León dirigió su mirada hacia el nicho donde el juego de luces ilumina la cruz del buen pastor, la que Jorge Mario Bergoglio llevó alrededor de su cuello durante más de 12 años por encima de su sotana blanca. Un ayudante pasó la rosa y el Papa se arrodilló y la dejó a un lado. Luego, siempre de rodillas y en silencio -silencio observado también por todos los presentes en la Basílica-, rezó durante algunos minutos, con la cabeza inclinada y las manos juntas.



Dos Papas, uno de rodillas y el otro mirando desde el cielo, reunidos en un espacio pequeño, seco y completamente blanco. Un marco de fuerte impacto.

León XIV continuó luego su breve recorrido, deteniéndose bajo la estatua de María Regina Pacis, mirando hacia la Capilla Paulina y deteniéndose brevemente en las primeras filas detrás de los cordones. De nuevo la salida hacia la sacristía, más saludos, filmaciones, incluso un hombre que hizo una videollamada a la familia para mostrar lo que estaba sucediendo. -¡Qué suerte! Vinimos esta misma tarde y el Papa estaba allí -exclama una mujer.

El regreso al Vaticano

Un último rugido, un último coro de "Leone, Leone" junto al inevitable "Viva il Papa", luego la sotana blanca, la que Prevost usa desde hace menos de 72 horas, desapareció entre las puertas de madera. Otra prisa para saludar la salida hacia el Vaticano. Pero el coche del Papa hizo el recorrido inverso, pasando por el cementerio de enfrente, sobre el Esquilino, para decepción de quienes esperaban una última despedida y para gran sorpresa de quienes en cambio se habían perdido la llegada, es decir, los numerosos peregrinos que habían hecho cola durante horas para rendir homenaje a Francisco.

«Me dirijo a los grandes del mundo: ¡Nunca más la guerra!»

«En el dramático escenario actual de una tercera guerra mundial por partes, como afirmó el Papa Francisco en más de una ocasión, también yo me dirijo a los grandes del mundo, repitiendo el llamamiento siempre actual: “¡Nunca más la guerra!”»: en su primer Regina Coeli, el domingo 11 de mayo, León XIV renovó el llamamiento a la paz, con ocasión del 80º aniversario del final de la segunda Guerra Mundial que se celebró el pasado 8 de mayo, el día de su elección al pontificado. Asomado al balcón central de la basílica vaticana, el nuevo Obispo de Roma guió la oración mariana con

los cerca de cien mil fieles presentes en la plaza de San Pedro – entre lo cuales los participantes en el Jubileo de las bandas musicales y de los espectáculos populares – y con los que estaban conectados a través de los medios. Manteniendo el habitual esquema de los más inmediatos predecesores, el Papa – junto al cual estaba el arzobispo Diego Ravelli, maestro de las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice – primero comentó el Evangelio del domingo, IV del tiempo de Pascua o del Buen Pastor y después pronunció los llamamientos y saludos.

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Considero un don de Dios el hecho de que el primer domingo de mi servicio como Obispo de Roma sea el del Buen Pastor, el cuarto del tiempo de Pascua. En este domingo, en la misa, siempre se proclama la lectura del capítulo décimo del Evangelio de Juan, en la que Jesús se revela como el verdadero Pastor, que conoce, ama y da la vida por sus ovejas.

En este domingo, desde hace sesenta y dos años, se celebra la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Y, además, Roma acoge hoy el Jubileo de las Bandas musicales y de los Espectáculos populares. Saludo con afecto a todos los peregrinos y les doy las gracias porque con su música y sus representaciones alegran la fiesta, la fiesta de Cristo Buen Pastor: sí, es Él quien guía a la Iglesia mediante su Espíritu Santo.

Jesús en el Evangelio afirma que conoce a sus ovejas, y que ellas escuchan su voz y le si-



guen (cf. Jn 10,27). En efecto, como enseña el Papa san Gregorio Magno, las personas “corresponden al amor de quien les ama” (cf. Homilía 14,3).

Hoy pues, hermanos y hermanas, tengo la alegría de rezar con ustedes y con todo el Pueblo de Dios por las vocaciones, especialmente al sacerdocio y a la vida religiosa. ¡La Iglesia los necesita! Y es importante que los jóvenes encuentren en nuestras comunidades: acogida, escucha, estímulo en su camino vocacional, y que puedan contar

con modelos creíbles de entrega generosa a Dios y a sus hermanos.

Hagamos nuestra la invitación que el Papa Francisco nos dejó en su Mensaje para esta Jornada en la que nos pedía acoger y acompañar a los jóvenes. Roguemos al Padre celestial el ser, los unos para los otros, cada uno según su estado, pastores “según su corazón” (cf. Jr 3,15), capaces de ayudarnos mutua-

mente a caminar en el amor y en la verdad. Y a los jóvenes les digo: “¡No tengan miedo! ¡Acepten la invitación de la Iglesia y de Cristo Señor!”

La Virgen María, cuya vida fue toda una respuesta a la llamada del Señor, nos acompañe siempre en el seguimiento de Jesús.

Después de haber entonado el canto del Regina Coeli, el Obispo de Roma invitó a rezar por la paz en Ucrania y por un alto el fuego en la Franja de Gaza, expresando satisfacción por la tregua entre India y Pakistán. Después

saludó a los presentes y dirigió unas palabras a todas las madres, con ocasión de la fiesta dedicada a ellas, sin olvidar «las que están ya en el Cielo».

Hermanos y hermanas, la gran tragedia de la Segunda Guerra Mundial, terminó hace 80 años, el 8 de mayo, después de haber causado 60 millones de víctimas. En el dramático escenario actual de una tercera guerra mundial por partes, como afirmó el Papa Francisco en más de una ocasión, también yo me dirijo a los grandes del mundo, re-

que sucede en la Franja de Gaza. ¡Cese inmediatamente el fuego! Se preste ayuda humanitaria a la exhausta población civil y se liberen a todos los rehenes.

He acogido con satisfacción el anuncio del alto el fuego entre

Y ahora os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos de varios países. Saludo a los miembros de la British and Foreign Bible Society, el grupo de médicos de Granada (España), los fieles de Malta, Panamá, Dallas (Texas), Valladolid, Torreldones (Madrid), Montesilvano y Cinisi (Palermo).

Saludo a los participantes en la manifestación “Elegimos la vida” y a los jóvenes de la Fraternidad Santa María Inmacu-



pitando el llamamiento siempre actual: “¡Nunca más la guerra!” Llevo en mi corazón los sufrimientos del amado pueblo ucraniano. Se haga lo posible para alcanzar cuanto antes un paz auténtica, justa y duradera. Sean liberados todos los prisioneros y los niños puedan regresar con sus familias. Me entristece profundamente lo

India y Pakistán, y deseo que a través de las próximas negociaciones se pueda alcanzar pronto un acuerdo duradero.

¡Pero cuántos otros conflictos hay en el mundo! Encomiendo a la Reina de la paz este sentido llamamiento para que sea Ella quien se lo presente al Señor Jesús para obtener el milagro de la paz.

lada y San Francisco de Asís de Reggio Emilia.

Hoy en Italia y en otros países se celebra la fiesta de la madre. Mando un afectuoso saludo a todas las madres, con una oración por ellas y por las que están ya en el Cielo.

¡Feliz día a todas las madres!
¡Gracias a todos vosotros! ¡Feliz domingo a todos!

En las Grutas vaticanas el Pontífice reza en las tumbas de sus predecesores y celebra la misa del domingo del Buen Pastor

Aprender a escuchar a Dios testimoniando el Evangelio con valentía

«Ser valientes en el testimonio» del Evangelio y aprender «cada vez más a escuchar» el Señor y a los otros, para «entrar en diálogo»: lo pidió León XIV en la misa presidida el 11 de mayo, en las grutas vaticanas, antes de la oración del Regina Coeli. En el IV domingo del tiempo de Pascua o del Buen Pastor, Jornada mundial de oración por las vocaciones, el Pontífice se detuvo en oración en las tumbas de sus predecesores que están allí sepultados (Pío XII, san Pablo VI, el beato Juan Pablo I y Benedicto XVI) y delante del nicho de los palios, y celebró la eucaristía en el altar cercano al sepulcro del apóstol Pedro, reiterando la importancia de «animar a los jóvenes a escuchar la voz del Señor, a seguirla y a servir en la Iglesia». Concelebró con el Obispo de Roma el prior general de la orden de san Agustín, padre Alejandro Moral Antón.

Comenzaré con una palabra en inglés y luego quizá otra en italiano.
El Evangelio que acabamos de escuchar, en este Domingo del Buen Pastor, dice: «Mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco y ellas me siguen» (Jn 10,27).

Pienso en el Buen Pastor, sobre todo en este domingo tan significativo del tiempo pascual. Mientras celebramos el inicio de esta nueva misión, del ministerio al que la Iglesia me ha llamado, no hay mejor ejemplo que Jesucristo mismo, a quien entregamos nuestra vida y de quien de-



pendemos. Jesucristo, a quien seguimos, es el Buen Pastor, y es Él quien nos da la vida: «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

Por eso celebramos con alegría este día y apreciamos mucho su presencia aquí.

Hoy es el Día de la Madre. Creo que solo hay una madre presente: ¡feliz Día de la Madre! Una de las expresiones más bellas del amor de Dios es el amor que derraman las madres, sobre todo a sus hijos y nietos.

Este domingo es especial por varios motivos: uno de los prime-



ros que mencionaría es el de las vocaciones. Durante los recientes trabajos de los cardenales, antes y después de la elección del nuevo Papa, hemos hablado mucho de las vocaciones en la Iglesia y de lo importante que es que todos nos interroguemos juntos. En primer lugar y, sobre todo, dando buen ejemplo con nuestra vida, con alegría, viviendo la alegría del Evangelio, sin desanimar a los demás, sino buscando más bien formas de animar a los jóvenes a escuchar la voz del Señor, a seguirla y a servir en la Iglesia. «Yo soy el Buen Pastor» (Jn 10,11), nos dice Jesús.

Ahora añado una palabra también en italiano, porque esta misión que llevamos adelante ya no se dirige a una sola diócesis, sino a toda la Iglesia: este espíritu universal es importante. Y lo encontramos también en la primera lectura que hemos escuchado (cf. Hch 13,14.43-52). Pablo y Bernabé van a Antioquía, primero van a los judíos, pero ellos no quieren escuchar la voz del Señor, y entonces comienzan a anunciar el Evangelio a todo el mundo, a los paganos. Parten, como sabemos, a esta gran misión. San Pablo llega a Roma, donde finalmente la cumple. Otro ejemplo de testimonio de

un buen pastor. Pero en ese ejemplo hay también una invitación muy especial para todos nosotros. Lo digo también de manera muy personal: anunciar el Evangelio a todo el mundo.

¡Ánimo! ¡Sin miedo! Muchas veces Jesús dice en el Evangelio: «¡No tengan miedo!». Hay que ser valientes en el testimonio que damos, con la palabra y sobre todo con la vida: dando la vida, sirviendo, a veces con grandes sacrificios, para vivir precisamente esta misión.

He leído una pequeña reflexión que me hace pensar mucho, porque también aparece en el Evangelio. En este sentido, alguien preguntó: «Cuando piensas en tu vida, ¿cómo explicas dónde has llegado?». La respuesta que dan en esta reflexión es, en cierto sentido, también la mía: con el verbo «escuchar». ¡Cuán importante es escuchar! Jesús dice: «Mis ovejas escuchan mi voz» (Jn 10,27). Y creo que es importante que todos aprendamos cada vez más a escuchar, para en-



trar en diálogo. En primer lugar, con el Señor: escuchar siempre la Palabra de Dios. Luego, también escuchar a los demás: saber construir puentes, saber escuchar para no juzgar, no cerrar las puertas, pensando que nosotros tenemos toda la verdad y que nadie más puede decirnos nada.

Es muy importante escuchar la voz del Señor, escucharnos a nosotros mismos, en este diálogo, y ver hacia dónde nos llama el Señor. Caminemos juntos en la Iglesia, pidamos al Señor que nos conceda esta gracia: poder escuchar su Palabra para servir a todo su pueblo.

El Papa recibe a los trabajadores de los medios de comunicación

Desarmar las palabras para contribuir al desarme de la Tierra

«Desarmemos la comunicación de cualquier prejuicio, rencor, fanatismo y odio; purifiquémosla de la agresividad. No sirve una comunicación estridente, de fuerza, sino más bien una comunicación capaz de escucha, de recoger la voz de los débiles que no tienen voz. Desarmemos las palabras y contribuiremos a desarmar la tierra»: es la exhortación dirigida por León XIV a los cerca de tres mil trabajadores de los medios de comunicación reunidos la mañana del lunes 12 de mayo, en el Aula Pablo VI. Del Pontífice también la invitación a llevar adelante el «servicio a la verdad» y a liberar a los periodistas encarcelados, tutelando «el bien precioso de la libertad de expresión y de prensa».

Buenos días, y muchas gracias por esta maravillosa acogida. Dicen que cuando se aplaude al comenzar, no tiene mucha importancia. Pero, si están todavía despiertos al finalizar y aún quieren aplaudir, se lo agradezco mucho.

Hermanos y hermanas:
Les doy la bienvenida a ustedes, representantes de los medios de comunicación de todo el mundo.

Les agradezco el trabajo que han hecho y están haciendo en este tiempo, que para la Iglesia es esencialmente un tiempo de gracia.

En el “Sermón de la montaña” Jesús proclamó: «Felices los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). Se trata de una bienaventuranza que nos desafía a todos y que nos toca de cerca, llamando a cada uno a comprometerse en la realización de un tipo de comunicación diferente, que no busca el consenso a cualquier coste, no se reviste de pala-

bras agresivas, no asume el modelo de la competición, no separa nunca la investigación de la verdad del amor con el que humildemente debemos buscarla. La paz comienza por cada uno de nosotros, por el modo en el que miramos a los demás, escuchamos a los demás, hablamos de los demás; y, en este sentido, el modo en que comunicamos tiene una importancia fundamental; debemos decir “no” a la guerra



de las palabras y de las imágenes, debemos rechazar el paradigma de la guerra.

Permítanme entonces reiterar hoy la solidaridad de la Iglesia con los periodistas encarcelados por haber intentado contar la verdad, y por medio de estas palabras también pedir la liberación de los mismos. La Iglesia reconoce en estos testigos —pienso en aquellos que informan sobre la guerra incluso a costa de la vida— la valentía de quien defiende la dignidad, la justicia y el

derecho de los pueblos a estar informados, porque sólo los pueblos informados pueden tomar decisiones con libertad. El sufrimiento de estos periodistas detenidos interpela la conciencia de las naciones y de la comunidad internacional, pidiéndonos a todos que custodiemos el bien precioso de la libertad de expresión y de prensa.

Gracias, queridos amigos, por su servicio a la verdad. Ustedes han estado en Roma durante estas semanas para informar sobre la Iglesia, su diversidad y, junto a ella, su unidad. Han acompañado los ritos de la Semana Santa, después han transmitido el dolor por la muerte del Papa Francisco, acaecida sin embargo a la luz de la Pascua. Esa misma fe pascual nos ha introducido en el espíritu del cónclave, que les ha visto particularmente comprometidos en jornadas fatigosas y, también en esta ocasión, han conseguido comunicar la belleza del amor de Cristo que nos une a todos y nos hace ser un único pueblo,

guiado por el Buen Pastor. Vivimos tiempos difíciles de atravesar y describir, que representan un desafío para todos nosotros, de los que no debemos escapar. Por el contrario, nos piden a cada uno que, en nuestras distintas responsabilidades y servicios, no cedamos nunca a la mediocridad. La Iglesia debe aceptar el desafío del tiempo y, del mismo modo, no pueden existir una comunicación y un periodismo fuera del tiempo y de la historia. Como nos recuerda san Agustín, que de-

cía: «Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros» (Sermón 80,8).

Gracias, por todo lo que han hecho para abandonar los estereotipos y los lugares comunes, a través de los cuales leemos frecuentemente la vida cristiana y la misma vida de la Iglesia. Gracias, porque han conseguido percibir lo esencial de lo que somos y transmitirlo al mundo entero gracias a los distintos medios de comunicación.

Hoy, uno de los desafíos más importantes es el de promover una comunicación capaz de hacernos salir de la “torre de Babel” en la que a veces nos encontramos, de la confusión de lenguajes sin amor, frecuentemente ideológicos y facciosos. Por eso, su servicio, con las palabras que usan y el estilo que adoptan, es importante. La comunicación, de hecho, no es sólo transmisión de informaciones, sino creación de una cultura, de ambientes humanos y digitales que sean espacios de diálogo y de contraste. Y, considerando la evolución tecnológica, esta misión se hace más necesaria aún. Pienso, particularmente, en la inteligencia artificial con su potencial inmenso, que requiere,



sin embargo, responsabilidad y discernimiento para orientar los instrumentos al bien de todos, de modo que puedan producir beneficios para la humanidad. Y esta responsabilidad nos concierne a todos, de acuerdo a la edad y a los roles sociales. Queridos amigos, aprenderemos con el tiempo a conocernos mejor. Hemos vivido —podemos decir juntos— días verdaderamente especiales. Los hemos, los han compartido a través de los distintos me-

dios de comunicación: la televisión, la radio, la web y las redes sociales. Quisiera que cada uno de nosotros pudiera decir que ellos nos han desvelado una pizca del misterio de nuestra humanidad, y que nos han dejado un deseo de amor y de paz. Por eso, hoy les repito a ustedes la invitación que hizo el Papa Francisco en su último mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Desarmemos la comunicación de cualquier prejuicio, rencor, fanatismo y odio; purifiquémosla de la agresividad. No sirve una comunicación estridente, de fuerza, sino más bien una comunicación capaz de escucha, de recoger la voz de los débiles que no tienen voz. Desarmemos las palabras y contribuiremos a desarmar la tierra. Una comunicación desarmada y desarmante nos permite compartir una mirada distinta sobre el mundo y actuar de modo coherente con nuestra dignidad humana.

Ustedes están en primera línea para describir los conflictos y las esperanzas de paz, las situaciones de injusticia y de pobreza, así como el trabajo silencioso de muchos en favor de un mundo mejor. Por eso les pido que elijan de forma juiciosa y valiente el camino de una comunicación para la paz.

Gracias a todos. Que Dios los bendiga.



Encuentro con los participantes del Jubileo de las Iglesias orientales

«A los responsables de los pueblos: ¡encontremos, dialoguemos, negociemos!»

León XIV asegura «todo esfuerzo», garantizando un compromiso en primera persona, para que la paz vuelva a difundirse en los territorios martirizados por conflictos y violencias. Lo dijo al clero y a los fieles de las Iglesias orientales que desde el 12 al 14 de mayo celebraron en Roma el Jubileo dedicado a ellos. El Pontífice les recibió en audiencia la mañana del miércoles 14, en el Aula Pablo VI, dirigiéndoles el discurso que publicamos a continuación.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ¡la paz esté con ustedes!

Beatitudes, Eminencias, Excelencias, queridos sacerdotes, consagradas y consagrados, hermanos y hermanas, Cristo ha resucitado. ¡Ha resucitado verdaderamente! Los saludo con las palabras que, en muchas regiones, el Oriente cristiano no se cansa de repetir en este tiempo pascual, profesando el núcleo central de la fe y de la esperanza. Y es hermoso verlos aquí precisamente con motivo del Jubileo de la esperanza, de la que la resurrección de Jesús es el fundamento indestructible. ¡Bienvenidos a Roma! Me alegra encontrarme con ustedes y dedicar a los fieles orientales uno de los primeros encuentros de mi pontificado.

Ustedes son valiosos. Al mirarlos, pienso en la variedad de sus procedencias, en la historia gloriosa y en los duros sufrimientos que muchas de sus comunidades han padecido o padecen. Y quisiera reiterar lo que dijo el papa Francisco sobre las Iglesias orientales: «Son Iglesias que deben ser amadas: custodian tradiciones espirituales y sapienciales únicas, y tienen tanto que decirnos sobre la vida cristiana, la sinodalidad y la liturgia; piensen en los Padres antiguos, en

los Concilios, en el monacato: tesoros inestimables para la Iglesia» (Discurso a los participantes en la Asamblea de la ROACO, 27 de junio de 2024).

Deseo citar también al Papa León XIII, que fue el primero en dedicar un documento específico a la dignidad de sus Iglesias, dada ante todo por el hecho de que «la obra de la redención humana comenzó en Oriente» (cf. Lett. ap. *Orientalium dignitas*, 30 de noviembre de 1894). Sí, ustedes tienen «un papel único y privilegiado, por ser el marco originario de la Iglesia pri-



mitiva» (San Juan Pablo II, Carta. ap. *Orientalium Lumen*, 5). Es significativo que algunas de sus liturgias —que estos días están celebrando solemnemente en Roma según las diversas tradiciones— sigan utilizando la lengua del Señor Jesús. Pero el papa León XIII hizo un sentido llamamiento para que «la legítima variedad de la liturgia y la disciplina oriental [...] redunde en [...] gran decoro y utilidad de la Iglesia» (Lett. ap. *Orientalium dignitas*). Su preocupación de entonces es muy actual, porque en nuestros días muchos hermanos y hermanas orientales, entre los que se encuentran varios de uste-

des, obligados a huir de sus territorios de origen a causa de la guerra y las persecuciones, de la inestabilidad y de la pobreza, corren el riesgo, al llegar a Occidente, de perder, además de su patria, también su identidad religiosa. Así, con el paso de las generaciones, se pierde el patrimonio inestimable de las Iglesias orientales.

Hace más de un siglo, León XIII señaló que «la conservación de los ritos orientales es más importante de lo que se cree» y, con este fin, prescribió incluso que «cualquier misionero latino, del clero secular o regular, que con consejos o ayudas atraiga a algún oriental al rito latino» sea «destituido y excluido de su cargo» (ibíd.). Acogemos el llamamiento a custodiar y promover el Oriente cristiano, sobre todo en la diáspora; aquí, además de erigir, donde sea posible y oportuno, circunscripciones orientales, es necesario sensibilizar a los

latinos. En este sentido, pido al Dicasterio para las Iglesias Orientales, al que agradezco su trabajo, que me ayude a definir principios, normas, y directrices a través de los cuales los pastores latinos puedan apoyar concretamente a los católicos orientales de la diáspora, y a preservar sus tradiciones vivas y a enriquecer con su especificidad el contexto en el que viven.

La Iglesia los necesita. ¡Cuán grande es la contribución que el Oriente cristiano puede darnos hoy! ¡Cuán necesidad tenemos de recuperar el sentido del misterio, tan vivo en sus liturgias, que involucran a la persona humana en su totalidad, cantan la belleza de la

salvación y suscitan asombro por la grandeza divina que abraza la pequeñez humana! ¡Y cuán importante es redescubrir, también en el Occidente cristiano, el sentido del primado de Dios, el valor de la mistagogia, de la intercesión incesante, de la penitencia, del ayuno, del llanto por los propios pecados y de toda la humanidad (pen-thos), tan típicos de las espiritualidades orientales! Por eso es fundamental custodiar sus tradiciones sin diluirlas, tal vez por practicidad y comodidad, para que no se corrompan por un espíritu consumista y utilitarista.

Sus espiritualidades, antiguas y siempre nuevas, son medicinales. En ellas, el sentido dramático de la miseria humana se funde con el asombro por la misericordia divina, de modo que nuestras bajezas no provocan desesperación, sino que invitan a acoger la gracia de ser criaturas sanadas, divinizadas y elevadas a las alturas celestiales. Necesitamos alabar y dar gracias sin cesar al Señor por esto. Con ustedes podemos rezar las palabras de San Efrén el sirio y decir a Jesús: «Gloria a ti, que hiciste de tu cruz un puente sobre la muerte. [...] Gloria a ti, que te revestiste del cuerpo mortal y lo transformaste en fuente de vida para todos los mortales» (Discurso sobre el Señor, 9). Es un don que hay que pedir: saber ver la certeza de la Pascua en cada tribulación de la vida y no desanimarnos recordando, como escribía otro gran padre oriental, que «el mayor pecado es no creer en las energías de la Resurrección» (San Isaac de Nínive, Sermones ascéticos, I, 5).

¿Quién, pues, más que ustedes, puede cantar palabras de esperanza en el abismo de la violencia? ¿Quién más que ustedes, que conocen de cerca los horrores de la guerra, hasta el punto de que el Papa Francisco llamó a sus Iglesias «martiriales» (Discurso a la ROACO, cit.)? Es cierto: desde Tierra Santa hasta Ucrania, desde el Líbano hasta Siria, desde Oriente

Medio hasta Tigray y el Cáucaso, ¡cuánta violencia! Y sobre todo este horror, sobre la masacre de tantas vidas jóvenes, que deberían provocar indignación, porque, en nombre de la conquista militar, son personas las que mueren, se alza un llamamiento: no tanto el del Papa, sino el de Cristo, que repite: «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19.21.26). Y especifica: «Les dejo la paz, les doy mi paz. No como la da el mundo, yo se la doy a ustedes» (Jn 14,27). La paz de Cristo no es el silencio sepulcral después del conflicto, no es el resultado de la opresión, sino un don que mira a las personas y reactiva su vida. Recemos por esta paz, que es reconciliación, perdón, valentía para pasar página y volver a comenzar. Para que esta paz se difunda, yo emplearé todos mis esfuerzos. La Santa Sede está a disposición para que los enemigos se encuentren y se miren a los ojos, para que a los pueblos se les devuelva la esperanza y se les restituya la dignidad que merecen, la dignidad de la paz. Los pueblos quieren la paz y yo, con el corazón en la mano, digo a los responsables de los pueblos: ¡encontremos, dialoguemos, negociemos! La guerra nunca es inevitable, las armas pueden y deben callar, porque no resuelven los problemas, sino que los aumentan; porque pasarán a la historia quienes siembran la paz, no quienes cosechan víctimas; porque los demás no son ante todo enemigos, sino seres humanos: no son malos a quienes odiar, sino personas con quienes hablar. Rechacemos las visiones maniqueas típicas de los relatos violentos, que dividen el mundo entre buenos y malos.

La Iglesia no se cansará de repetirlo: que callen las armas. Y quiero dar gracias a Dios por todos aquellos que, en el silencio, en la oración, en la entrega, tejen tramas de paz; y a los cristianos —orientales y latinos— que, especialmente en Oriente Medio, perseveran y resisten en sus tierras, más fuertes que la tentación de abandonarlas. A



los cristianos hay que darles la posibilidad, no solo con palabras, de permanecer en sus tierras con todos los derechos necesarios para una existencia segura. ¡Les ruego que se comprometan por esto!

Y gracias, gracias a ustedes, queridos hermanos y hermanas de Oriente, de donde surgió Jesús, el Sol de justicia, por ser «luces del mundo» (cf. Mt 5,14). Sigamos brillando por la fe, la esperanza y la caridad, y por nada más. Que sus Iglesias sean un ejemplo, y que los pastores promuevan con rectitud la comunión, sobre todo en los Sínodos de los Obispos, para que sean lugares de colegialidad y de auténtica corresponsabilidad. Cuiden la transparencia en la gestión de los bienes, den testimonio de una dedicación humilde y total al santo pueblo de Dios, sin apegos a los honores, a los poderes del mundo y a la propia imagen. San Simeón el Nuevo Teólogo daba un bello ejemplo: «Como quien, echando polvo sobre la llama de un horno encendido, la apaga, del mismo modo las preocupaciones de esta vida y todo tipo de apego a cosas mezquinas y sin valor destruyen el calor del corazón encendido al principio» (Capítulos prácticos y teológicos, 63). El esplendor del Oriente cristiano pide, hoy más que nunca, libertad de toda dependencia mundana y de toda tendencia contraria a la comunión, para ser fieles en la obediencia y en el testimonio evangélicos.

Les doy las gracias por esto y les bendigo de corazón, pidiéndoles que recen por la Iglesia y que eleven sus poderosas oraciones de intercesión por mi ministerio. ¡Gracias!

La educación es ministerio y misión para ayudar a los jóvenes a dar lo mejor

La educación «vivida como ministerio y misión» para «seguir tocando el corazón de los alumnos»: es el deseo del León XIV para los Hermanos de las escuelas cristianas, recibidos en audiencia la mañana del jueves 15 de mayo, en la Sala Clementina, con ocasión del tercer centenario de la aprobación pontificia del Instituto y de los 75 años de la proclamación de san Juan Bautista de la La Salle como «Patrón celeste de todos los educadores».

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¡la paz esté con ustedes!

Eminencia,
queridos hermanos y hermanas,
¡bienvenidos!

Me alegra mucho recibirlos en el tercer centenario de la promulgación de la bula *In apostolicae dignitatis solio*, con la que el Papa Benedicto XIII aprobó su Instituto y su Regla (26 de enero de 1725). Coincide también con el 75º aniversario de la proclamación, por parte del Papa Pío XII, de San Juan Bautista de La Salle como «Patrono celestial de todos los educadores» (cf. Lett. Ap. *Quod ait*, 15 de mayo de 1950: AAS 12, 1950, 631-632).

Después de tres siglos, es hermoso constatar cómo su presencia sigue trayendo consigo la frescura de una rica y vasta realidad educativa, con la que aún hoy, en diversas partes del mundo, con entusiasmo, fidelidad y espíritu de sacrificio, se dedican a la formación de los jóvenes. Precisamente a la luz de estas conmemoraciones, quisiera detenerme a reflexionar con ustedes sobre dos aspectos de su historia que considero importantes para todos nosotros: la

atención a la actualidad y la dimensión ministerial y misionera de la enseñanza en la comunidad.

Los inicios de su obra hablan mucho de «actualidad». San Juan Bautista de La Salle comenzó respondiendo a la petición de ayuda de un laico, Adriano Nyel, que luchaba por mantener en pie sus «escuelas para pobres». Su fundador reconoció en su petición de ayu-

entre semana; la participación de las familias en los itinerarios escolares, según el principio del «triángulo educativo», válido aún hoy. Así, los problemas, a medida que se presentaban, en lugar de desanimarlo, lo estimulaban a buscar respuestas creativas y a adentrarse en caminos nuevos y a menudo inexplorados.

Todo esto no puede sino hacernos pensar y suscitar en noso-



da una señal de Dios, aceptó el reto y se puso manos a la obra. Así, más allá de sus propias intenciones y expectativas, dio vida a un nuevo sistema de enseñanza: el de las Escuelas Cristianas, gratuitas y abiertas a todos. Entre los elementos innovadores que introdujo en esta revolución pedagógica, recordamos la enseñanza dirigida a las clases y no a los alumnos individuales; la adopción, como lengua de enseñanza, en lugar del latín, del francés, accesible a todos; las clases dominicales, a las que también podían asistir los jóvenes obligados a trabajar

tros preguntas útiles. ¿Cuáles son, en el mundo juvenil de nuestros días, los retos más urgentes que hay que afrontar? ¿Qué valores hay que promover? ¿Con qué recursos se puede contar?

Los jóvenes de nuestro tiempo, como los de todas las épocas, son volcanes de vida, de energía, de sentimientos, de ideas. Lo vemos en las cosas maravillosas que saben hacer en tantos campos. Pero también necesitan ayuda para hacer crecer en armonía tanta riqueza y para superar lo que, aunque de manera diferente al pasado, todavía



puede impedir su sano desarrollo.

Si, por ejemplo, en el siglo XVII el uso de la lengua latina era para muchos una barrera comunicativa insuperable, hoy hay otros obstáculos que afrontar. Pensemos en el aislamiento que provocan los modelos relacionales cada vez más extendidos, basados en la superficialidad, el individualismo y la inestabilidad afectiva; en la difusión de esquemas de pensamiento debilitados por el relativismo; en el predominio de ritmos y estilos de vida en los que no hay suficiente espacio para la escucha, la reflexión y el diálogo, en la escuela, en la familia, a veces entre los propios compañeros, con la soledad que ello conlleva.

Se trata de retos exigentes, de los que, sin embargo, también nosotros, como San Juan Bautista de La Salle, podemos hacer trampolines para explorar caminos, elaborar instrumentos y adoptar lenguajes nuevos, con los que seguir tocando el corazón de los alumnos, animándolos y estimulándolos a afrontar con valentía todos los obstáculos para dar lo mejor de sí mismos en la vida, según los designios de Dios. En este sentido, es loable la atención que prestan en sus escuelas a la formación de los docentes y a la creación de comunidades educativas en las que el esfuerzo didáctico



se enriquece con la aportación de todos. Los animo a continuar por este camino.

Pero antes de concluir, quisiera mencionar otro aspecto de la realidad lasaliana que considero importante: la docencia vivida como ministerio y misión, como consagración en la Iglesia. San Juan Bautista de La Salle no quería que entre los maestros de las Escuelas Cristianas hubiera sacerdotes, sino solo «hermanos», para que todos sus esfuerzos se dirigieran, con la ayuda de Dios, a la educación de los alumnos. Le gustaba decir: «Su altar es la cátedra», promoviendo así en la Iglesia de su tiempo una realidad hasta entonces desconocida: la de los maestros

y catequistas laicos investidos, en la comunidad, de un verdadero «ministerio», según el principio de evangelizar educando y educar evangelizando (cf. Francisco, Discurso a los participantes en el Capítulo General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, 21 de mayo de 2022).

Así, el carisma de la escuela, que ustedes abrazan con el cuarto voto de la enseñanza, además de un servicio a la sociedad y una valiosa obra de caridad, aparece aún hoy como una de las expresiones más bellas y elocuentes de ese munus sacerdotal, profético y real que todos hemos recibido en el Bautismo, como subrayan los documentos del Concilio Vaticano II. En sus realidades educativas, así, los religiosos hacen proféticamente visible, a través de su consagración, el ministerio bautismal que impulsa a todos (cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, 44), cada uno según su estado y sus tareas, sin diferencias, a «contribuir como miembros vivos [...] al crecimiento de la Iglesia y a su santificación permanente» (ibídem, 33).

Por este motivo, deseo que las vocaciones a la consagración religiosa lasaliana crezcan, sean alentadas y promovidas, en sus escuelas y fuera de ellas, y que, en sinergia con todos los demás componentes formativos, contribuyan a suscitar entre los jóvenes que las frecuentan caminos alegres y fecundos de santidad. ¡Gracias por lo que hacen! Rezo por ustedes y les imparto la Bendición Apostólica, que de muy buen grado extiendo a toda la Familia Lasaliana.

El Papa León XIV recibe al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede

Paz Justicia Verdad

Paz, justicia y verdad: son «os pilares de la acción misionera de la Iglesia y de la labor de la diplomacia de la Santa Sede» recordados por León XIV la mañana del viernes 16 de mayo en la audiencia al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, recibidos en la Sala Clementina. Del Pontífice también el deseo para una reconciliación «en todos los contextos, empezando por los más que más sufren, como Ucrania y Tierra Santa». Después del saludo dirigido por el decano de los embajadores, el Obispo de Roma pronunció el discurso que publicamos a continuación.

Eminencia,
Excelencias,
señoras y señores,

La paz esté con ustedes: Doy gracias a S.E. el Sr. George Poulides, Embajador de la República de Chipre y Decano del Cuerpo Diplomático, por las cordiales palabras que me ha dirigido en nombre de todos ustedes y por su trabajo incansable, que lleva adelante con la fuerza, la pasión y la simpatía que lo caracterizan, dotes por los que ha merecido la estima de todos mis Predecesores, que ha

conocido en estos años de misión ante la Santa Sede y, en particular, del recordado Papa Francisco.

Deseo además expresarles mi gratitud por los numerosos mensajes de felicitación enviados luego de mi elección, así como por las precedentes condolencias que han llegado al fallecer el Papa Francisco, incluso de países con los que la Santa Sede no mantiene relaciones diplomáticas. Se trata de una significativa manifestación de estima, que alienta a profundizar las mutuas relaciones.

En nuestro diálogo, quisiera que predominase siempre el sentido de ser familia —la comunidad diplomática representa, en efecto, la entera familia de los pueblos—, que comparte las alegrías y los dolores de la vida junto con los valores humanos y espirituales que la animan. La diplomacia pontificia es, de hecho, una expresión de la misma catolicidad de la Iglesia y, en su acción diplomática, la Santa Sede está animada por una urgencia pastoral que la impulsa no a buscar privilegios sino a intensifi-

car su misión evangélica al servicio de la humanidad. Ésta combate la indiferencia y apela continuamente a las conciencias, como ha hecho incansablemente mi venerado Predecesor, siempre atento al clamor de los pobres, los necesitados y los marginados, como también a los desafíos que caracterizan nuestro tiempo, desde la protección de la creación hasta la inteligencia artificial.

Además de ser un signo concreto de la atención que sus países reservan a la Sede Apostólica, su presencia hoy es para mí un don, que permite renovar la aspiración de la Iglesia —y mía personal— de alcanzar y abrazar a cada pueblo y a cada persona de esta tierra, deseosa y necesitada de verdad, de justicia y de paz. En cierto sentido, mi propia experiencia de vida, desplegada entre América del Norte, América del Sur y Europa, pone de manifiesto esta aspiración de traspasar los confines para encontrarse con personas y culturas diferentes.

Por medio del constante y pa-



ciente trabajo de la Secretaría de Estado, intento consolidar el conocimiento y el diálogo con ustedes y con sus países, muchos de los cuales he tenido ya la gracia de visitar a lo largo de mi vida, especialmente cuando fui Prior General de los Agustinos. Confío en que la Divina Providencia me conceda tener en el futuro ocasión de encontrarme con las realidades de las que ustedes provienen, permitiéndome acoger las oportunidades que se presenten para confirmar en la fe a tantos hermanos y hermanas dispersos por el mundo y construir nuevos puentes con todas las personas de buena volun-

palabra “negativa”, o sea, como mera ausencia de guerra o de conflicto, porque la contraposición es parte de la naturaleza humana y nos acompaña siempre, impulsándonos en demasiadas ocasiones a vivir en un constante “estado de conflicto”; en casa, en el trabajo, en la sociedad. La paz entonces pareciera una simple tregua, una pausa de descanso entre una discordia y otra, porque, aunque uno se esfuerce, las tensiones están siempre presentes, un poco como las brasas que arden bajo las cenizas, prontas a reavivarse en cualquier momento.

En la perspectiva cristiana –co-

ligiosa, y que exige en primer lugar un trabajo sobre uno mismo. La paz se construye en el corazón y a partir del corazón, arrancando el orgullo y las reivindicaciones, y midiendo el lenguaje, porque también se puede herir y matar con las palabras, no sólo con las armas.

En esta óptica, considero fundamental el aporte que las religiones y el diálogo interreligioso pueden brindar para favorecer contextos de paz. Eso, naturalmente, exige el pleno respeto de la libertad religiosa en cada país, porque la experiencia religiosa es una dimensión fundamental de la persona humana, sin la cual es difícil –si no imposible– realizar esa purificación del corazón necesaria para construir relaciones de paz.

A partir de este trabajo, que todos estamos llamados a realizar, se pueden extirpar las premisas de cualquier conflicto y de cualquier destructiva voluntad de conquista. Esto exige también una sincera voluntad de diálogo, animada por el deseo de encontrarse más que de confrontarse. En esta perspectiva es necesario revitalizar la diplomacia multilateral y esas instituciones internacionales que han sido queridas y pensadas en primer lugar para poner remedio a los conflictos que pudiesen surgir en el seno de la comunidad internacional. Ciertamente, es necesaria también la voluntad de dejar de producir instrumentos de destrucción y de muerte, porque, como recordaba el Papa Francisco en su último Mensaje Urbi et Orbi, «la paz tampoco es posible sin un verdadero desarme [y] la exigencia que cada pueblo tiene de proveer a su propia defensa no puede transformarse en una carrera general al rearme» [1].

La segunda palabra es justicia. Procurar la paz exige practicar la justicia. Como ya he tenido modo de señalar, he elegido mi nombre pensando principalmente en León XIII, el Papa de la primera gran encíclica social, la *Rerum nova-*



tad.

En nuestro diálogo, quisiera que tuviéramos presente las tres palabras clave que constituyen los pilares de la acción misionera de la Iglesia y de la labor de la diplomacia de la Santa Sede.

La primera palabra es paz. Muchas veces la consideramos una

mo también en la de otras experiencias religiosas– la paz es ante todo un don, el primer don de Cristo: «Les doy mi paz» (Jn 14,27). Pero es un don activo, apasionante, que nos afecta y compromete a cada uno de nosotros, independientemente de la procedencia cultural y de la pertenencia re-

rum. En el cambio de época que estamos viviendo, la Santa Sede no puede eximirse de hacer sentir su propia voz ante los numerosos desequilibrios y las injusticias que conducen, entre otras cosas, a condiciones indignas de trabajo y a sociedades cada vez más fragmentadas y conflictivas. Es necesario, además, esforzarse por remediar las desigualdades globales, que trazan surcos profundos de opulencia e indigencia entre continentes, países e, incluso, dentro de las mismas sociedades.

Es tarea de quien tiene responsabilidad de gobierno aplicarse para construir sociedades civiles armónicas y pacíficas. Esto puede realizarse sobre todo invirtiendo en la familia, fundada sobre la unión estable entre el hombre y la mujer, «bien pequeña, es cierto, pero verdadera sociedad y más antigua que cualquiera otra» [2]. Además, nadie puede eximirse de favorecer contextos en los que se tutele la dignidad de cada persona, especialmente de aquellas más frágiles e indefensas, desde el niño por nacer hasta el anciano, desde el enfermo al desocupado, sean estos ciudadanos o inmigrantes.

Mi propia historia es la de un ciudadano, descendiente de inmigrantes, que a su vez ha emigrado. Cada uno de nosotros, en el curso de la vida, se puede encontrar sano o enfermo, ocupado o desocupado, en su patria o en tierra extranjera. Su dignidad, sin embargo, es siempre la misma, la de una creatura querida y amada por Dios.

La tercera palabra es verdad. No se pueden construir relaciones verdaderamente pacíficas, incluso dentro de la comunidad internacional, sin verdad. Allí donde las palabras asumen connotaciones ambiguas y ambivalentes, y el mundo virtual, con su percepción distorsionada de la realidad, prevalece sin control; es difícil construir relaciones auténticas, porque decaen las premisas objetivas y reales de la comunicación.



Por su parte, la Iglesia no puede nunca eximirse de decir la verdad sobre el hombre y sobre el mundo, recurriendo a lo que sea necesario, incluso a un lenguaje franco, que inicialmente puede suscitar alguna incompreensión. La verdad, sin embargo, no se separa nunca de la caridad, que siempre tiene radicada la preocupación por la vida y el bien de cada hombre y mujer. Por otra parte, en la perspectiva cristiana, la verdad no es la afirmación de principios abstractos y desencarnados, sino el encuentro con la persona misma de Cristo, que vive en la comunidad de los creyentes. De ese modo, la verdad no nos aleja; por el contrario, nos permite afrontar con mayor vigor los desafíos de nuestro tiempo, como las migraciones, el uso ético de la inteligencia artificial y la protección de nuestra amada tierra. Son desafíos que requieren el compromiso y la colaboración de todos, porque nadie puede pensar en afrontarlos solo.

Queridos embajadores:

Mi ministerio comienza en el corazón del Año jubilar, dedicado de manera particular a la esperanza. Es un tiempo de conversión y de renovación, y sobre todo la ocasión para dejar atrás las contiendas y comenzar un camino nuevo, animados por la esperanza de poder construir, trabajando juntos, cada uno según sus propias sensibilidades y responsabilidades, un mundo en el que cada uno de nosotros pueda realizar la propia humanidad en la verdad, en la justicia y en la paz. Espero que esto pueda suceder en todos los contextos, empezando por los más que más sufren, como Ucrania y Tierra Santa.

Les agradezco todo el trabajo que hacen para construir puentes entre sus países y la Santa Sede, y de todo corazón los bendigo, bendigo a sus familias y a sus pueblos. Gracias.

[Bendición]

Y gracias por todo el trabajo que hacen.

Homilía del Papa en la misa de inicio del ministerio petrino

Una Iglesia unida fermento para un mundo reconciliado

“Fui elegido sin ningún mérito y, con temor y temblor, vengo a ustedes como un hermano que desea hacerse siervo de la fe y de la alegría”. Lo afirmó León XIV en su homilía de la misa de inicio de su pontificado celebrada en la plaza del San Pedro el domingo 18 de mayo.

Queridos hermanos cardenales, hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático,

¡Saludos a los peregrinos que han venido al Jubileo de las Cofradías! hermanos y hermanas:

Los saludo a todos con el corazón lleno de gratitud, al inicio del ministerio que me ha sido confiado. Escribía san Agustín: «Nos has hecho para ti, [Señor,] y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (Confesiones, 1,1,1).

En estos últimos días, hemos vivido un tiempo particularmente intenso. La muerte del Papa Francisco ha llenado de tristeza nuestros corazones y, en esas horas difíciles, nos hemos sentido como esas multitudes que el Evangelio describe «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Precisamente en el día de Pascua recibimos su última bendición y, a la luz de la resurrección, afrontamos ese momento con la certeza de que el Señor nunca abandona a su pueblo, lo reúne cuando está disperso y lo cuida «como un pastor a su rebaño» (Jr 31,10). Con este espíritu de fe, el Colegio



de los cardenales se reunió para el cónclave; llegando con historias personales y caminos diferentes, hemos puesto en las manos de Dios el deseo de elegir al nuevo sucesor de Pedro, el Obispo de Roma, un pastor capaz de custodiar el rico patrimonio de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de mirar más allá, para saber afrontar los interrogantes, las inquietudes y los desafíos de hoy. Acompañados por sus oraciones, hemos experimentado la obra del Espíritu Santo, que ha sabido armonizar los distintos instrumentos musicales, haciendo vibrar las cuerdas de nuestro corazón en una única melodía.

Fui elegido sin tener ningún mérito y, con temor y trepidación, vengo a ustedes como un hermano que quiere hacerse siervo de su fe y de su alegría, caminando con ustedes por el camino del amor

de Dios, que nos quiere a todos unidos en una única familia.

Amor y unidad: estas son las dos dimensiones de la misión que Jesús confió a Pedro.

Nos lo narra ese pasaje del Evangelio que nos conduce al lago de Tiberíades, el mismo donde Jesús había comenzado la misión recibida del Padre: “pescar” a la humanidad para salvarla de las aguas del mal y de la muerte. Pasando por la orilla de ese lago, había llamado a Pedro y a los primeros discípulos a ser como Él “pescadores de hombres”; y ahora, después de la resurrección, les corresponde precisamente a ellos llevar adelante esta misión: no dejar de lanzar la red para sumergir la esperanza del Evangelio en las aguas del mundo; navegar en el mar de la vida para que todos puedan reunirse en el abrazo de Dios.



¿Cómo puede Pedro llevar a cabo esta tarea? El Evangelio nos dice que es posible sólo porque ha experimentado en su propia vida el amor infinito e incondicional de Dios, incluso en la hora del fracaso y la negación. Por eso, cuando es Jesús quien se dirige a Pedro, el Evangelio usa el verbo griego *agapao* —que se refiere al amor que Dios tiene por nosotros, a su entrega sin reservas ni cálculos—, diferente al verbo usado para la respuesta de Pedro, que en cambio describe el amor de amistad, que intercambiamos entre nosotros.

Cuando Jesús le pregunta a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (Jn 21,16), indica pues el amor del Padre. Es como si Jesús le dijera: sólo si has conocido y experimentado el amor de Dios, que nunca falla, podrás apacientar a mis corderos; sólo en el amor de Dios Padre podrás amar a tus hermanos “aún más”, es decir, hasta ofrecer la vida por ellos.

A Pedro, pues, se le confía la tarea de “amar aún más” y de dar su vida por el rebaño. El ministerio de Pedro está marcado precisamente por este amor oblativo, porque la Iglesia de Roma preside en la caridad y su verdadera autoridad es la caridad de Cristo. No se trata nunca de atrapar a los demás con el sometimiento, con la propaganda religiosa o con los medios del poder, sino que se trata siempre y solamente de amar

como lo hizo Jesús.

Él —afirma el mismo apóstol Pedro— «es la piedra que ustedes, los constructores, han rechazado, y ha llegado a ser la piedra angular» (Hch 4,11). Y si la piedra es Cristo, Pedro debe apacientar el rebaño sin ceder nunca a la tentación de ser un líder solitario o un jefe que está por encima de los demás, haciéndose dueño de las personas que le han sido confiadas (cf. 1 P 5,3); por el contrario, a él se le pide servir a la fe de sus hermanos, caminando junto con ellos. Todos, en efecto, hemos sido constituidos «piedras vivas» (1 P 2,5), llamados con nuestro Bautismo a construir el edificio de Dios en la comunión fraterna, en la armonía del Espíritu, en la convivencia de las diferencias. Como afirma san Agustín: «Todos los que viven en concordia con los hermanos y aman a sus prójimos son los que componen la Iglesia» (Sermón 359,9).

Hermanos y hermanas, quisiera que este fuera nuestro primer gran deseo: una Iglesia unida, signo de unidad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado.

En nuestro tiempo, vemos aún demasiada discordia, demasiadas heridas causadas por el odio, la violencia, los prejuicios, el miedo a lo diferente, por un paradigma económico que explota los recursos de la tierra y margina a los más pobres. Y nosotros queremos

ser, dentro de esta masa, una pequeña levadura de unidad, de comunión y de fraternidad. Nosotros queremos decirle al mundo, con humildad y alegría: ¡miren a Cristo! ¡Acérquense a Él! ¡Acojan su Palabra que ilumina y consuela! Escuchen su propuesta de amor para formar su única familia: en el único Cristo somos uno. Y esta es la vía que hemos de recorrer juntos, unidos entre nosotros, pero también con las Iglesias cristianas hermanas, con quienes transitan otros caminos religiosos, con aquellos que cultivan la inquietud de la búsqueda de Dios, con todas las mujeres y los hombres de buena voluntad, para construir un mundo nuevo donde reine la paz.

Este es el espíritu misionero que debe animarnos, sin encerrarnos en nuestro pequeño grupo ni sentirnos superiores al mundo; estamos llamados a ofrecer el amor de Dios a todos, para que se realice esa unidad que no anula las diferencias, sino que valora la historia personal de cada uno y la cultura social y religiosa de cada pueblo. Hermanos, hermanas, ¡esta es la hora del amor! La caridad de Dios, que nos hace hermanos entre nosotros, es el corazón del Evangelio. Con mi predecesor León XIII, hoy podemos preguntarnos: si esta caridad prevaleciera en el mundo, «¿no parece que acabaría por extinguirse bien pronto toda lucha allí donde ella entrara en vigor en la sociedad civil?» (Carta enc. *Rerum novarum*, 20).

Con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, construyamos una Iglesia fundada en el amor de Dios y signo de unidad, una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra, que se deja cuestionar por la historia, y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad.

Juntos, como un solo pueblo, todos como hermanos, caminemos hacia Dios y amémonos los unos a los otros.

Regina Caeli al finalizar la Misa

No podemos olvidarnos de los hermanos que sufren a causa de las guerras

Después de la misa de inicio del Ministerio Petrino, el Papa pronunció unas palabras para introducir el rezo del Regina Coeli y recordó las zonas en conflicto, pidiendo “el don de la paz, el auxilio y el consuelo para los que sufren”.

Al final de esta celebración, los saludo y les doy las gracias a todos ustedes, romanos y fieles de tantas partes del mundo, que han querido participar. Expreso mi gratitud en particular a las Delegaciones oficiales de numerosos países, así como a los representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales y de otras religiones. Dirijo un cordial saludo a los miles de peregrinos que han acudido de todos los continentes con ocasión del Jubileo de las Co-

fradías. Queridos hermanos, les agradezco que mantengan vivo el gran patrimonio de la piedad popular. Durante la Misa sentí fuertemente la presencia espiritual del Papa Francisco, que desde el cielo nos acompaña. En esta dimensión de comunión de los santos recuerdo que ayer en Chambéry, Francia, fue beatificado el sacerdote Camille Costa de Beauregard, que vivió entre finales del siglo XIX y principios del XX, testigo de una gran caridad pastoral. En la alegría de la fe y de la comunión no podemos olvidarnos de los hermanos y hermanas que sufren a causa de las guerras. En Gaza, los niños, las familias y los ancianos supervivientes están pasando hambre. En Myanmar, nuevas hostilida-



des han destruido vidas inocentes. La atormentada Ucrania espera por fin negociaciones para una paz justa y duradera.

Por eso, mientras encomendamos a María el servicio del Obispo de Roma, Pastor de la Iglesia universal, desde la “barca de Pedro” contemplémosla a ella, Estrella del mar, Madre del Buen Consejo, como signo de esperanza. Imploramos por su intercesión el don de la paz, el auxilio y el consuelo para los que sufren y, para todos nosotros, la gracia de ser testigos del Señor Resucitado.

El abrazo de los fieles a León XIV en el inicio de su pontificado

El Papa nos da mucha esperanza en el futuro

Más de 200.000 fieles llegados de todos los rincones del mundo se congregaron el domingo 18 de mayo en la plaza de San Pedro para asistir a la misa con la que se ha abierto el pontificado del Papa León XIV. La celebración comenzó a las 10 de la mañana, aunque cerca de una hora antes, León XIV recorrió la plaza y la Via della Conciliazione a bordo del ‘papamóvil’ para saludar a los fieles, que lo vitoreaban y aplaudían a su paso, mientras el Pontífice les dedicaba bendiciones y sonrisas. “¡Viva el Papa!” y “¡León, León!”, se escuchaba a su paso, en diferentes idiomas. La misa tuvo lugar a los pies de la basílica de San Pedro y el momento más importante se produjo cuando



el Papa recibió, emocionado, el Palio y el Anillo del Pescador, los símbolos de su poder que marcan el inicio de su magisterio. León XIV recibió en primer lugar el palio, que es una estola de lana blanca que representa el peso del ‘rebaño’ sobre los hombros del pastor, decorada con seis cruces negras de seda

y enganchado con tres agujas que representan los clavos de la Cruz. El Anillo representa su vínculo con Pedro, fundador de la iglesia, y lo llevará en su mano siempre. El nuevo pontífice se mostró conmovido cuando el cardenal filipino Luis Antonio Tagle le impuso el anillo en la mano. En ese momento la plaza de San Pedro estalló en un gran aplauso coral cargado de fe, alegría y esperanza. Las lágrimas asomaban a los ojos de muchos fieles mientras aplaudían al Papa León XIV, bajo un sol espléndido en este domingo de primavera. María José Miranda, viene de Torremolinos, Málaga, España, es una mujer de 73 años cargada de energía. Ha venido por el Jubileo de las Cofradías y



lleva en la plaza desde las 5 de la mañana, para acompañar al Pontífice “en este día tan especial”. “Con la edad que tengo he visto a muchos Papas aquí en la plaza”, dice, con los ojos vidriosos. “Nunca había visto que un papa saliera a saludar al público antes de la misa. Para mí ha sido extraordinario”, añade. Ha podido ver pasar el ‘papamóvil’ muy cerca y relata su experiencia con emoción: “Lo he tenido a pocos centímetros y he notado muchísima paz y mucha espiritualidad. Me siento emocionadísima”, dice. También explica que tiene muchas esperanzas puestas en este pontificado. “Espero que haya mucha más fe, que atraiga mucho más a las personas que se bautizaron, pero que no practican, que no hablan de Jesús, que pueda evangelizarnos mucho más y que haga montañas de seguidores, que llevemos la palabra del Señor por donde sea, a donde sea y con quien sea”, apunta. Y pide, con alegría que se dedique una jornada mundial a los jubilados, como ella: “A los que somos mayores nos encantaría tener una JMJ, pero de los jubilados. Yo fui a tres JMJ, y con el papa Francisco, la gente decía: ‘Somos la juventud del papa’, y cuando lo tuve cerca, yo pensaba: ‘Soy la jubilada del papa’. Ahora los jubilados somos más jóvenes, y podemos viajar y estar cerca del Papa”.

La multitud de la plaza es coral, hay personas de todas las edades,

desde niños hasta ancianos, se escuchan idiomas y acentos de todo tipo y se ven banderas de numerosos lugares. José Javier González Pacho ha venido desde León, España, con su esposa Belén Matilla y su hijo Juan Carlos. Han venido a pasar el Jubileo de las Cofradías con su Cofradía del Dulce nombre de Jesús Nazareno, fundada en el año 1611. Relata con emoción los recuerdos de la procesión, el concierto y la misa del día anterior y esboza una sonrisa mirando a su familia: “Estamos súper felices de coincidir con la primera misa de pontificado de León XIV”, dice. “El Papa pasando entre nosotros ha mostrado una expresión dulce, parece muy inteligente, reúne características científicas, culturales muy importantes y atesora muchas experiencias y por lo tanto tiene una visión estupenda para hacer una gran obra y para ayudar a todos los cristianos. Pensamos que va a ser un Papa estupendo”, señala Belén. “Yo estudié en los agustinos y me pilla con el corazón muy cercano, así que no soy muy imparcial, pero me ha encantado”, responde su marido. Su hijo Juan Carlos señala que León XIV le recuerda “a todos los Papas anteriores”. “Espero que siga su línea, guardando la tradición, pero también estando atento a los tiempos de ahora y espero que acerque a la Iglesia a los pobres y que nos una a todos”, dice.

Alexander es de Nicaragua, lleva ocho años en Roma junto a su esposa Damaris y sus dos hijas. Resguardados del sol bajo un paraguas escuchan con ilusión las palabras del Papa. “Esperamos que siga el camino del Papa Francisco”, señala y comparte la emoción de vivir este momento en familia. “Tenemos dos niñas y hemos tratado de inculcarles esa fe y ese sentimiento de que es un momento histórico para la Iglesia, que está uniendo a muchos países, a muchos jóvenes, sobre todo a muchos niños”, revela. Su esposa espera que se escuchen los llamamientos del Pontífice por

la paz. “Esperamos que siempre trate la parte de la paz y de la unión. Nosotros, siendo un país que está un poco oprimido, esperamos que también continúe llamando a la unión y haciendo conciencia de que la fe es lo único que nos puede unir a todos”, subraya. Pascal Romand es francés, de padre español y madre francesa, y está muy vinculado a la ciudad española de Sevilla. Ha viajado a Roma desde allí con las cofradías que han participado en el Jubileo. “Él nos da muchos regalos”, dice apuntando al cielo, para expresar la emoción que siente por la coincidencia del Jubileo con la misa de inicio de pontificado de León XIV. “Sentimos mucha alegría, le vemos muy cercano a la gente. Pienso que va a ser un grandísimo Papa. Nos da mucha esperanza en el futuro”, recalca. Rocío ha venido con su familia de vacaciones a Roma desde Argentina. “Nunca sospechamos que podríamos ser testigos de un momento así en el Vaticano, para nosotros es una gran bendición”, dice. “Ojalá que León continúe con los pasos Francisco”, apunta su madre Helena. “Esperamos que su camino sea bendecido y que lleve a la Iglesia por una buena dirección”, añade su hermana Guadalupe. Paula es una veinteañera que viene de España junto a dos amigos. “Veo a un Papa cercano, le veo similitudes con Francisco y es algo que a los jóvenes nos alegra porque nos acerca mucho a la Iglesia”, explica, mientras sus amigos asienten, en la plaza de San Pedro, en un punto donde hace unos momentos el Papa León pasó con el ‘papamóvil’. Jesús, explica que es la primera vez que ve a un Papa “desde tan cerca”. “Ha sido emocionante. Transmite bondad, se le ve una persona joven”, apunta. Su amigo Pau resalta que los jóvenes ahora se sienten completamente integrados en la Iglesia y están ilusionados con el nuevo Pontífice. “Asistir a una misa como esta es una oportunidad única”, expone.

(Lorena Pacho)

Una Iglesia
unida, signo
de unidad
y comunión



dacia evangélica que mira más allá de los confines del mundo para llevar la alegría del Evangelio”, concluye. La Hermana Mercedes Calleja, de la Compañía del Corazón de Jesús, es una misionera española que llegó a Perú hace ya cuarenta años. Cuando supo que Prevost había sido elegido Papa sintió mucha alegría. Y es que la hermana Mercedes trabajó cuatro años en el Seminario de Trujillo. Ella había estudiado en la Universidad Gregoriana de Roma, bachiller y licencia en Teología Bíblica. “Yo daba clases a los seminaristas y el director de estudios era el padre Prevost”, recuerda la religiosa. “Había mucha armonía entre los profesores y los alumnos, creaba un ambiente muy agradable”, asegura la hermana Mercedes. Asimismo, afirma que se sintió valorada y acogida por él. “Para mí fueron unos años muy buenos y positivos. Él era muy agudo y eficaz, también educado”, concluye.

Grimaldo Garay Zapata, es sacerdote de la Congregación del Santísimo Redentor, más conocida como los Misioneros Redentoristas. Actualmente trabaja en la ciudad de Piura, en Perú. Él también conoció al Papa León XIV en los años 90, en el Seminario de Trujillo. Al igual que sus compañeros le recuerda “como un sacerdote muy cercano a los alumnos, muy comprensivo con todos”. Del mismo modo, recuerda también que “era muy exigente en los estudios y más que acentuar el memorismo de los cánones, te invitaba a la reflexión y a darle un sentido pastoral a las leyes de la Iglesia”. Así como era exigente, “también era muy compasivo con los alumnos, te daba oportunidades para salvar el curso con exámenes orales, trabajos y reflexiones”. Igualmente, afirma que el profesor Prevost “era muy responsable con sus clases, en pocas oportunidades las dejaba y si tenía que viajar, se las arreglaba con otros colegas para reemplazarlas y no perder horas de estudios”. Por otro lado, el padre Grimaldo explica que Prevost “fomentaba el diálogo, el debate entre los alumnos, podíamos expresarnos libremente sobre las leyes de la Iglesia, pero al final el P. Robert Prevost, concluía con firmeza y sensatez, dando razones de los argumentos y leyes de la Iglesia en el derecho canónico”. Explicaba el derecho canónico - precisa el sacerdote - no desde la mera legalidad, sino dándole el sentido pastoral y compasivo para los cristianos. Recuerda al Papa León XIV, como “un profesor alegre, jovial, cercano, compasivo y comprensivo con los estudiantes”. Concluye asegurando que “con el profesor Prevost, puse las bases de mi ministerio sacerdotal: ‘Por encima de las leyes está la persona humana’”.

El padre Antonio Pun Lay, no fue su alumno, pero conoció a Prevost en el año 1998, cuando organizaron juntos el segundo encuentro nacional para jóvenes agustinos en Trujillo. Actualmente es director general del Colegio San Agustín de Iquitos. Antonio define a Prevost como una persona “muy dialogante y con mucha capacidad para escuchar”. Gracias a Prevost, visitó la casa de formación de Trujillo y después ingresó como agustino. El padre Antonio había estudiado Ciencias de la Comunicación y trabajaba en proyectos de radio y también en temas relacionados con la salud. Todos estos argumentos, la vocación, la vida y los planes de Dios, los conversó con Prevost, y también pudo compartir con él cómo le llegó la vocación de religioso agustino. A lo largo de estos años han coinci-



El padre Antonio Lozán Pun Lay OSA, de la diócesis de Iquitos, con Robert Francis Prevost (fotografía de las redes sociales del padre Antonio)

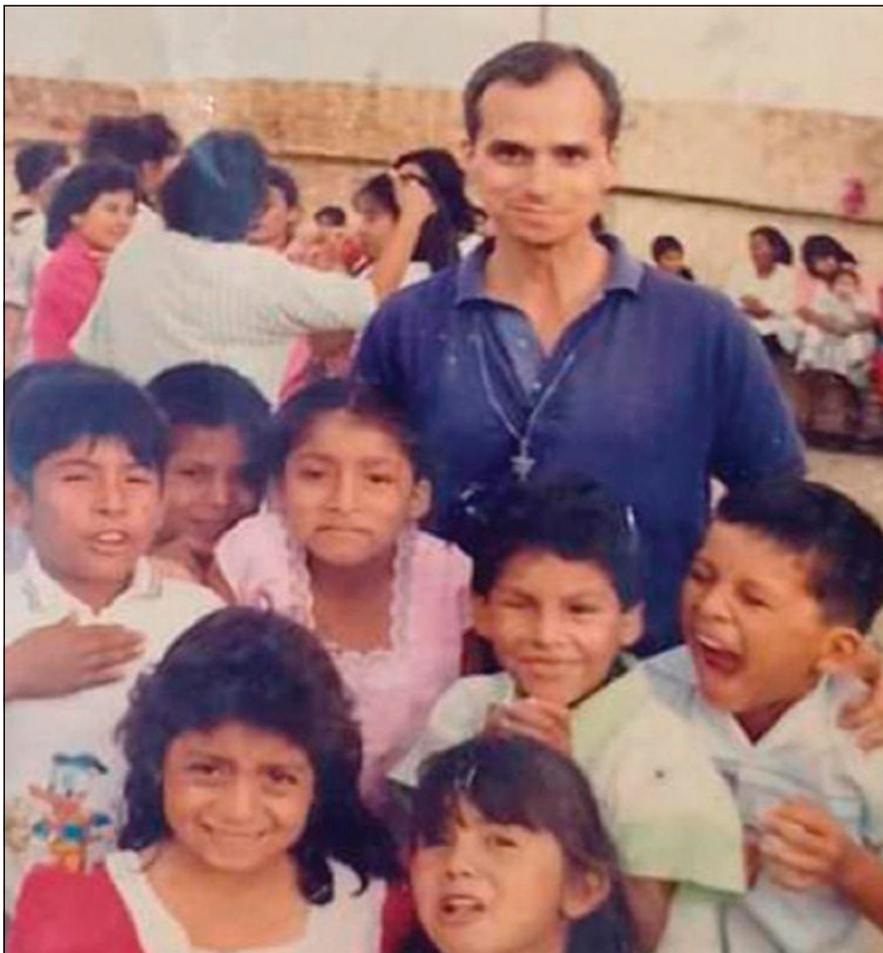
“

Él “nos transmitió mucho de su conocimiento sobre San Agustín, sobre la comunidad, el valor de la amistad, cuestiones que son importantes para nuestro mundo hoy

dido en otras ocasiones, en España, en Pavía y en Nigeria. En todos estos encuentros, “la sensación seguía siendo la misma, una persona que se interesaba por ti, te preguntaba cómo te iba, qué estabas haciendo, como evolucionaba tu proceso personal. Algo que hace mucha falta en este tiempo, una persona que escucha y no impone. Una persona que dialoga. Es una gran virtud que tiene el Papa”. En 2011 el padre Antonio finalizó los estudios en España y regresó a Iquitos, donde de nuevo se vio en varias ocasiones con Prevost. “En Iquitos hemos conversado mucho ya que le invité a visitar las fraternidades, le invité a reunirse con los jóvenes agustinos. Para estos jóvenes ha sido algo muy importante, en estos días han sacado las fotos que tenían guardadas en las que estaban con el ahora Papa León XIV. Una gran alegría para ellos”. En esos encuentros, recuerda el padre Antonio, él “nos transmitió mucho de su conocimiento sobre San Agustín, sobre la comunidad, el valor de la amistad, cuestiones que son importantes para nuestro mundo hoy”. La última vez que vio a Prevost fue en Iquitos, en la ordenación del monseñor Miguel Ángel Cadenas, en esa ocasión cruzaron pocas palabras, pero la sensación siempre era la misma, estar con alguien que preguntándote cosas es capaz de hacerte sentir escuchado y acompañado. Otro antiguo alumno es Luis Antonio Palomino, sacerdote de la diócesis de Chimbote, que desde hace un año trabaja en la diócesis de Saint Cloud en el Estado de Minnesota, en Estados Unidos. Estuvo en el Seminario mayor de Trujillo entre 1987 y 1994, donde “tuvo el privilegio” de tener a profesores de la orden de los jesuitas

y de los agustinos. “Como profesor destacaba por ser muy ordenado, también era director espiritual y director de estudios”, asegura. El padre Luis Antonio, recuerda que en esos años tuvo una relación muy cercana con los agustinos, tanto seminaristas como padres. Y de Prevost recuerda que “era muy cercano, hombre de sabiduría e inteligencia, muy fácil hacer amistad con él, en esta relación de alumno/formador”. Todos nosotros - prosigue - tenemos grato recuerdo de nuestro seminario y de nuestra formación. Siente una “gran alegría y entusiasmo por haber conocido de forma tan cercana al ahora Papa León XIV”. Asegura que “continuará trabajando por la Iglesia como siempre lo ha hecho, como hizo como misionero en Perú. Teniendo esa sensibilidad y corazón para con los más pobres, para los vulnerables de nuestra sociedad. Sé que va a escuchar a todos, va a guiarnos por las huellas del Señor”.

Recuerdos similares tiene el padre Carlos Rea, también de la diócesis de Chimbote. Destaca en pri-



Fotografía cedida por el padre Carlos Rea

mer lugar la cercanía del padre Roberto Prevost en su etapa de profesor en el Seminario. Recuerda su “claridad extraordinaria en su explicación, metodología, trato y cordialidad”. A pesar de su juventud, observa el sacerdote, tenía mucha claridad. “Era nuestro amigo, le podíamos tratar, le podíamos preguntar, después de las clases podíamos hablar cualquier tema con él, él respondía. Siendo él tan joven, se creó con nosotros una amistad extraordinaria, muy cercana”, recuerda el padre Carlos. Después, regresó a Chimbote, pero siguieron viéndose porque los exseminaristas regresaban de visita al semanario y “allí seguíamos conversando, pero ya en otro nivel. Ya desde la parte sacerdotal, la parte ministerial, era como un guía espiritual”, afirma. Al mismo tiempo, asegura que, para ellos, sus antiguos alumnos, “ha sido un gozo”, y no se extraña que haya sido elegido Papa. “Es un hombre muy centrado, que no busca protagonismo, sino hacer las cosas bien”, asevera. Reconoce haberse nutrido “de su sabiduría, de sus enseñanzas, de sus consejos y ciertamente es algo extraordinario que voy a guardar con mucho cariño, como un tesoro”. También cuenta que cuando Prevost era ya obispo de Chiclayo, les visitó en la diócesis de Chimbote. En esas ocasiones “hemos conversado y siempre hemos tenido un espacio para un diálogo fraterno, a veces corto, pero siempre de gratitud por lo que hizo por nosotros, nos dio una formación sólida en Derecho Canónico”.

El padre Jorge Arturo Miñan, de la parroquia Santa María Magdalena, ciudad de Casma, en la diócesis de Chimbote, también recuerda a Prevost. Aunque no fue directamente alumno suyo, lo veía por el seminario. Lo que sabe de él, es lo que le contaron los padres mayores redentoristas, cuando vivía en Trujillo. En aquellos años, el padre Jorge estudiaba filosofía y Prevost era profesor de Teología. Lo recuerda como “una persona sencilla, espiritual, muy inteligente, reservado”. Los padres redentoristas mayores españoles de su comunidad siempre le hablaban del padre Prevost: “un gran misionero y mientras estuvo en Chulucanas, era muy cercano al pueblo”. “Misionero que andaba a caballo, andaba a pie por los montes, visitaba los pueblos, y se interesaba mucho en visitar a las hermanas redentoristas en Chulucanas. Era muy querido”, cuenta el padre Jorge. “Cuando estaba en Trujillo, el padre Prevost era superior de la casa de los padres agustinos y solía enviar a los estudiantes agustinos a la comunidad redentoristas para que los sacerdotes redentoristas fueran acompañantes espirituales de los jóvenes. Desde siempre existió cercanía entre padre Prevost y los redentoristas”, explica Miñan. Y añade: “siempre me hablaron de este alcance que él tenía, su sencillez, su espiritualidad e inteligencia, su cercanía al pueblo. Un misionero de andar a caballo. Donde se le necesitaba, allí estaba”.



*Fotografía cedida
por el padre Carlos Rea*

“Su ejemplo ayudará a toda la Iglesia para transmitir la alegría del Evangelio de forma valiente y esperanzada”



LORENA PACHO PEDROCHE

Mons. Luis Marín de San Martín, (Madrid, España, 1961), agustino, obispo y subsecretario de la Secretaría General del Sínodo, sintió una emoción particular cuando el pasado 8 de mayo escuchó las primeras palabras con las que el cardenal Mamberti anunciaba la elección del nuevo Papa: “Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum Robertum Franciscum Sanctae Romanae Ecclesiae”... y no necesitó escuchar apellido. “Cardinalem Prevost”, se adelantó dentro de sí de inmediato, con gran alegría, antes de fundirse en un abrazo colectivo con sus hermanos agustinos.

Para él, el nuevo Papa León XIV es un amigo, un hermano y un compañero de camino. Conoce a la perfección sus valores, su empeño, su compromiso, sus sensibilidades y su estilo de gobierno.

Monseñor Marín aterrizó en Roma en 2008 por petición de Robert Francis Prevost, entonces prior general de los agustinos, para ocuparse del Archivo General de la Orden y participar en varias comisiones de la Curia agustiniana. Durante cinco años convivió con él en la misma casa, formando parte de la misma comunidad en Roma, y se veían todos los días, lo que le permitió profundizar su amistad. Cuando las obligaciones de Prevost le llevaron a otros lugares del mundo siguieron en contacto. El ahora Papa, durante su etapa como obispo de Chiclayo (Perú) también llamó a Marín a Perú en varias ocasiones para encargarle que colaborara en la formación del clero. Más tarde, en 2021, el Papa Francisco lo fichó para ocupar el puesto de subsecretario de la Secretaría General de Sínodo.

Cuando Prevost volvió a instalarse en Roma en 2023, para dirigir el Dicasterio para los Obispos, aunque residía en otro lugar, seguía compartiendo varios momentos cada día con su comunidad de agustinos, rezaban laudes, celebraban la eucaristía y comían juntos a diario.

Monseñor Marín ha compartido momentos y etapas clave de la trayectoria del ahora Pontífice León XIV. En esta entrevista con L'Osservatore Romano descifra importantes claves de lectura para comprender el pontificado que acaba de comenzar y el bagaje intelectual, espiritual y pastoral del nuevo Papa.

León XIV se presentó como “hijo de San Agustín”, ¿Qué carácter imprime el hecho de ser agustino? ¿Qué rasgos agustinianos veremos en su pontificado?

El 13 de mayo, cuando vino a celebrar la Eucaristía a nuestra casa y a comer con nosotros, nos dijo unas palabras muy hermosas: “Voy a tener que renunciar a muchas cosas, mi vida ha cambiado, pero no renunciaré jamás a ser agustino”. Esas palabras a mí me emocionaron mucho. Los agustinos somos una orden religiosa nacida en el siglo XIII, pero que recoge toda la herencia espiritual de San Agustín, que es nuestro padre, además de una gran figura de la Iglesia y un personaje muy actual.

Para nosotros, agustinos, el eje de nuestro carisma es la comunidad, entendida como comunión. De ahí la insistencia del Papa en este aspecto. Nosotros entendemos la comunidad no solamente como vivir juntos, bajo un mismo techo, o trabajar juntos, sino, en referencia a la primitiva comunidad de Jerusalén (*Hch 4,32*), a tener una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios. Ese es el hilo que une los demás elementos de nuestra espiritualidad.

¿Qué otros rasgos se pueden enmarcar dentro de esta perspectiva agustiniana?

Ante todo la interioridad, que lleva a cuidar una profunda vida de oración, entendida como encuentro con el Señor. Podemos ver en el Papa la insistente referencia a la centralidad de Cristo. La comunión con el Señor resucitado nos lleva también a la comunión con los hermanos y hermanas, que son su cuerpo. Podemos entender que, la interioridad, fundamentada en la Sagrada Escritura y en la experiencia de Cristo, resulte imprescindible para los agustinos. Y hay otros rasgos muy importantes.

¿Cuáles son?

La disponibilidad a las necesidades de la Iglesia y la implicación en el mundo. La espiritualidad agustiniana no es de separación o ausencia, sino de presencia. Hay otras espiritualidades diferentes, tan hermosas e importantes como la nuestra, pero los agustinos estamos para ir al mundo a evangelizar, para estar con la gente. Tenemos gran sensibilidad hacia las cuestiones sociales, en lo relacionado con la lucha por la paz y la justicia, y hacia las tareas intelectuales. También nos caracteriza la disponibilidad a lo que la Iglesia necesite. Por eso los agustinos estamos abiertos a todo tipo de apostolados. Tenemos parroquias, universidades, colegios, misiones... Y siempre desde una posición de vanguardia, abriendo caminos en muchos lugares. Esta espiritualidad que nos ilumina a nosotros creo que puede aportar mucho



a la Iglesia y al mundo de hoy.

¿Cuáles han sido las primeras señales del Papa León XIV que nos permiten anticipar las prioridades de su pontificado?

Las encontramos ya en el propio nombre que ha elegido: León XIV, en referencia a León XIII, un Papa que supo leer los signos de los tiempos, que cambian a gran velocidad. No se trata de responder a retos de épocas que ya no existen, ni de vivir en un mundo que ya ha pasado. Es fundamental conocer nuestro tiempo, saber cuáles son sus retos. Además, León XIII inició el desarrollo de la llamada Doctrina Social de la Iglesia, uno de los elementos esenciales de su pontificado, mostrando sensibilidad hacia el mundo del trabajo y los más desfavorecidos.

También hemos visto rasgos importantes en los discursos que ha pronunciado León XIV. Destaca el concepto de Iglesia sinodal, como desarrollo de la eclesiología del Concilio Vaticano II. Una Iglesia en comunión con Cristo y con los hermanos y hermanas, que se asume la corresponsabilidad diferenciada, una Iglesia dinámica y evangelizadora, que lleva la buena noticia a los diferentes contextos culturales, a las diferentes realidades en las que nos toca vivir. Toda la sinodalidad está aquí.

Junto a esto, tenemos una gran insistencia en la paz, con intervenciones muy fuertes y concretas. Esta llamada continúa también en la línea de los anteriores pontífices.

Y siempre creando lazos, integrando, nunca desde el enfrentamiento o el aislamiento. Él es una persona que tiende puentes. Siempre lo ha sido, como religioso, obispo y cardenal ha buscado unificar e integrar.

Y siempre creando lazos, integrando, nunca desde el enfrentamiento o el aislamiento. Él es una persona que tiende puentes. Siempre lo ha sido, como religioso, obispo y cardenal ha buscado unificar e integrar.

¿De qué manera considera que la experiencia pastoral del Papa León XIV como obispo de Chiclayo ha moldeado su visión de la misión de la Iglesia hoy?

Su carácter misionero tiene varias fuentes. La primera es la formación recibida en la familia, que siempre estuvo muy implicada en la parroquia y en la vida de la comunidad cristiana. Otra fuente la tenemos en la espiritualidad agustiniana, que es una espiritualidad de misión, de testimonio, de salida. Y, en tercer lugar, su experiencia personal.

Él se fue a las misiones muy joven, trabajó como formador de agustinos durante varios años en Chulucanas, Perú. Es muy interesante esa época. Después fue a Chiclayo. Siempre ha tenido sensibilidad misionera. Siendo norteamericano de nacimiento, ha estado mucho tiempo fuera de Norteamérica. No es uno que se queda en casa. Es alguien que sale, que va a otras culturas, en las que se integra perfectamente. Por eso se nacionalizó peruano. En Chiclayo, yo he visto cómo la gente no solo lo aceptaba, sino que lo quería mucho. Es un hombre que se integra en la misión.

Yo creo que su ejemplo nos ayudará también a toda la Iglesia a sacarnos de nuestras seguridades para transmitir la alegría del Evangelio de forma valiente y esperanzada.



¿Cómo interpretaría usted el estilo de gobierno episcopal de León XIV en Chiclayo y también en su etapa como prior de los agustinos y qué rasgos de ese estilo pueden extrapolarse a su modo de gobernar la Iglesia Católica globalmente?

Es un hombre de ideas muy claras. Tiene una mentalidad de matemático y de canonista. Es muy ordenado. Muy trabajador. Muy reflexivo. No toma decisiones a la ligera. Él medita, reflexiona y reza. Fiel al estilo agustiniano, es una persona de trabajo en equipo. Nosotros, los agustinos, tenemos estructuras muy colegiales, por tanto, muy sinodales. Dialogamos entre todos para ayudar a tomar las decisiones.

Eso es lo que él ha vivido y en lo que se ha formado. Su estilo de gobierno siempre fue de mucha escucha. Es un hombre que escucha mucho, diferentes opiniones. No quiere decir que esté de acuerdo con todas las opiniones, pero escucha todo y dialoga. Sabe gobernar. Cuando toma una decisión, es firme y seguro. Esto es lo que ha hecho siempre toda su vida. En Chiclayo, ofreció mucha participación, promovió la sinodalidad, la corresponsabilidad de todos, la interacción entre todos. Y también asumió sin vacilar sus propias responsabilidades.

El cardenal Prevost ha participado en el Sínodo, y en los grupos de estudio. Sus intervenciones eran serenas, sólidas, ponderadas y claras. Y esto le hacía ser escuchado y respetado. También es un hombre querido, porque es sencillo, amigable y cordial sin estridencias.

Una de las claves de las que habló en su primer discurso fue la sinodalidad. ¿Cómo la ha vivido y aplicado hasta ahora?

Tiene mente y corazón sinodales. Pero no se trata de una sinodalidad política, sino una sinodalidad eclesial. Y una sinodalidad no solo teórica sino también práctica, concreta, que se debe desarrollar en la vida, en las estructuras y en el estilo de la Iglesia.

Siendo obispo, me pidió ofrecer cursos sobre sinodalidad a los sacerdotes de su diócesis para explicar de qué se trataba y cómo desarrollarla. Ha estado muy implicado en los procesos sinodales. Y los continuará desarrollando. No olvidemos que la sinodalidad es uno de los rasgos constitutivos de la Iglesia.

¿Qué papel otorgará León XIV a los laicos tomando en cuenta su experiencia?

El papel que les corresponde desde esa perspectiva sinodal que brota de la comunión y que se concreta en la corresponsabilidad diferenciada.



La Iglesia está viva y va siempre hacia adelante, se renueva incesantemente unida a Cristo. Hacer posible esta renovación cuidando las raíces será tarea del Papa Prevost, como lo ha sido de sus predecesores. Debemos ayudarlo con nuestra oración





No esperemos que clericalice a los laicos, ni que laicice al clero. Cada uno responde a una vocación determinada. Por tanto, partimos de la igualdad básica de todos por el bautismo, teniendo en cuenta que es el bautismo el que nos incorpora a Cristo. Pero hay que considerar la diferencia de vocaciones, carismas y ministerios. Sería absurdo que un obispo quisiera servir a la Iglesia como laico, o que un laico quiera servir a la Iglesia como presbítero. Cada uno, según su vocación, según el servicio al que ha sido llamado. Esto es importante: la actitud no es de poder, sino de servicio. Prevost siempre ha sido un servidor de la Iglesia, un servidor de la comunidad cristiana. Por otra parte, la participación del laico no es una concesión del clero, sino una responsabilidad que procede del bautismo. Debemos desarrollarla totalmente, ir a máximos.

El Papa también procurará poner en interconexión toda la variedad de vocaciones, carismas y ministerios. Esta inter-

relación entre todos los miembros de la Iglesia es un reto, pero él llega bien preparado porque le ha prestado mucha atención durante toda su vida.

Robert Francis Prevost tuvo un papel relevante en la Conferencia Episcopal Peruana para impulsar la Comisión de Protección de Menores, ¿el tema de los abusos le preocupa? ¿Es importante para él?

Es un tema que le preocupa mucho y ha sido muy claro desde el principio. Su historia lo avala. Hay que destacar también las últimas declaraciones que, sobre este tema, han hecho el actual obispo de Chiclayo y la Conferencia Episcopal de Perú. No hay duda alguna. Primero, ha estado siempre al lado de las víctimas. Desde el primer momento. Y, segundo, ha cumplido escrupulosamente los protocolos. Su modo de proceder ha sido intachable. Las propias víctimas lo han resaltado de forma muy clara: 'Siempre estuvo a nuestro lado, siempre nos acompañó'. Gracias a él se ha hecho justicia.

¿El Papa León XIV buscará impulsar un perfil más misionero de la Curia Romana, reflejando el dinamismo evangelizador que vivió en las parroquias de Perú?

Los dos ejes de la reforma de la Curia impulsada por el Papa Francisco y que aparecen en la constitución apostólica *Praedicate Evangelium*, son la sinodalidad y la evangelización. La Iglesia es constitutivamente misionera. Por tanto, todo lo que es Iglesia debe ser misionero. Debemos considerar de qué manera podemos juntos, todos nosotros, evangelizar, llevar el Evangelio a todos los rincones. Cómo coordinarnos. Cómo ayudar a las diócesis y a las conferencias episcopales en la tarea evangelizadora. La Curia Romana está al servicio de toda la Iglesia. La misión, la evangelización, será, sin duda alguna, uno de los ejes del pontificado León XIV. Lo avala su trayectoria.

¿Cuál considera usted que será la marca distintiva de estilo del pontificado de León XIV?



Lógicamente debemos esperar para ver cómo se desarrolla. Aunque podemos fijarnos en la persona. Robert Prevost ama profundamente a Cristo y a la Iglesia. Es un hombre de Dios, de fe profunda, que sirve a la Iglesia con total disponibilidad. Esto es esencial. También es una persona con los pies en la tierra. Conoce muy bien el mundo de hoy, sus retos, a los que trata de responder, implicándose en ello. Un hombre de nuestro tiempo. Creo que León XIV va a ser un gran líder a nivel mundial. Una voz autorizada y un sólido punto de referencia. Además, tiene una mente muy abierta, donde cabe la pluralidad como riqueza. También dentro de la Iglesia. Lo encontramos en sus discursos, como, por ejemplo, el ofrecido a las Iglesias Orientales con motivo del Jubileo. Destaca esa variedad de expresión y vivencia que hay en la unidad e inmutabilidad del depósito de la fe. Si hay amor (caritas) las diferencias enriquecen la comunión.

¿Cree que transitará por las sendas que abrió su predecesor, el Papa Francisco?

Me gusta utilizar la expresión de 'continuidad en la discontinuidad'. Es Francisco quien descubre la brillante y rica personalidad de Robert Francis Prevost. Lo hace obispo del Chiclayo, lo trae a Roma para ser prefecto del Dicasterio de los Obispos, lo hace cardenal, lo recibe a menudo... Es un hombre de Francisco. En cuanto al pensamiento, ambos son hijos del Concilio Vaticano II y de su eclesiología. Habrá continuidad en los procesos de renovación, en la opción por la Iglesia sinodal, corresponsable, misionera, en salida, por la Iglesia de la misericordia, que cuida la creación, abierta al diálogo y de fuerte carga social. Habrá continuidad, pero en la discontinuidad. León XIV no será una fotocopia de Francisco. Tiene su propia personalidad y su propio estilo. Será él mismo, con su modo de ser, su formación, sus intuiciones, sus opciones. Es un nuevo Papa, no un clon del anterior.

La Iglesia está viva y va siempre hacia adelante, se renueva incesantemente unida a Cristo. Hacer posible esta renovación cuidando las raíces será tarea del Papa Prevost, como lo ha sido de sus predecesores. Debemos ayudarlo con nuestra oración, rodearlo con nuestro cariño y asegurarle nuestra colaboración. La Iglesia mira al futuro con enorme esperanza.

“

*Es una persona
con los pies en la tierra.
Conoce muy bien el mundo
de hoy, sus retos, a los que
trata de responder,
implicándose en ello.
Un hombre de nuestro
tiempo. Creo que León XIV
va a ser un gran líder
a nivel mundial.
Una voz autorizada
y un sólido punto de
referencia.*

El corazón, tema central de dos Papas



San Agustín obispo,
doctor de la Iglesia

ARTURO LÓPEZ

La plaza exultante, gritos de alegría entre lágrimas y vítores aplauden la elección de un nuevo Obispo de Roma: León XIV. Un Papa “hijo de san Agustín”. Un papa que escoge este nombre «porque el Papa León XIII, con la histórica Encíclica *Rerum novarum*, afrontó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial y hoy la Iglesia ofrece a todos, su patrimonio de doctrina social para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial, que comportan nuevos desafíos en la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo» (*Discurso al colegio cardenalicio, Sábado, 10 de mayo de 2025*).

La Iglesia afronta una nueva revolución, la digital. Esta revolución, trae consigo muchos frentes de lucha, tanto en el ámbito laboral, como en el ámbito social y hasta en la esfera personal del individuo. Esta reflexión tratará de este último aspecto. Desde la aparición de los medios de comunicación y desde que están a disposición de todos, se ha experimentado un cambio de paradigma antropológico: la vida social del hombre se ha virtualizado. Nace la necesidad imperante de aparecer, de mostrarse con la mejor sonrisa, con la mejor postura; surge la laucha por obtener la mayor cantidad posible de visualizaciones, porque este es el único camino si se quiere ser alguien en el mundo. Un “me gusta”, acentúa mi identidad y unicidad, no ya lo que soy en la realidad, sino lo que puedo mostrar en la red, y no im-

porta si el post o la foto no la vuelvo a ver, lo importante es salir, “postar”, aparecer.

La pregunta sobre la identidad del individuo, de cada persona, corre el riesgo de perderse en el flujo virtual y cambiante del virtual: la persona es como se presenta al mundo en la red. Es ya parte de la vida de tantas personas el uso continuo de aplicaciones como Instagram, Tik Tok o Facebook. Se habla así de una posible alienación de la persona en este exterior, virtual. Y esto trae como consecuencia el aumento de la soledad sobre todo en la juventud. El *esse est percipi*, (el ser es ser percibido), cobra una fuerza amenazadora, llegando a convertirse cada hombre real-virtual en un *homo homini lupus*, (el hombre es un lobo para el hombre) en la lucha por la conquista de la aceptación del otro.

Es por eso que el mensaje de del Papa León vuelve a poner el acento en la interioridad de la parsona: Volver a encontrar al hombre. Francisco insistía en salir, en crear una cultura del encuentro, sin perder la propia identidad, y de la mano de la Virgen: «En estos últimos tiempos», decía en su Mensaje por la XXXVII Jornada

Mundial de la Juventud, «que han sido tan difíciles, cuando la humanidad, probada ya por el trauma de la pandemia, se ve desgarrada por el drama de la guerra, María reabre para todos y especialmente para ustedes, que son jóvenes como ella, el camino de la proximidad y del encuentro».

León XIV, anima, sí, al uso de los medios: «La comunicación», dijo en su alocución a los representantes de los medios de comunicación reunidos en Roma, «no es sólo transmisión de informaciones, sino creación de una cultura, de ambientes humanos y digitales que sean espacios de diálogo y de contraste». Es decir que sin perder la propia identidad el cristiano debe confrontarse no en una fachada de apariencia o de ocasión, sino afrontando el mundo de la Inteligencia artificial con «responsabilidad y discernimiento para orientar los instrumentos al bien de todos, de modo que puedan producir beneficios para la humanidad».

Aquí juega un punto primordial la doctrina de san Agustín. Resulta interesante notar cómo la última encíclica del Francisco girara entorno al corazón. «Para expresar el amor de Jesucristo», escribió, de hecho, en *Dilexit nos*: «suele usarse el símbolo del corazón. Algunos se preguntan si hoy tiene un significado válido. Pero cuando nos asalta la tentación de navegar por la superficie, de vivir corriendo sin saber finalmente para qué, de convertirnos en consumistas insaciables y esclavizados por los engranajes de un mercado al cual no le interesa el sentido de nuestra existencia, necesitamos recuperar la importancia del corazón».

Un tema, por lo demás, central en la doctrina agustiniana: fulcro del encuentro con Dios y consigo mismo. Un remedio para conservar el propio peso y la propia identidad de cristiano en este mundo, porque en el interior del corazón donde Agustín dice encontrar la verdad («*volo eam (veritatem) facere in corde meo coram te in confessione*» Augustini in *Confessionum*, L-X). Y este proyecto de volver a los orígenes del «regreso al primado de Cristo en el anuncio» (*León XIV al Colegio cardenalicio*, 10 de mayo de 2025). Desde y en el corazón de cada individuo como santuario y lugar de encuentro con Dios, porque como diría san Agustín: «*percussisti cor meum verbo tuo, et amavi te*». (Tu palabra atravesó mi corazón y te amé). No sin razón León XIV escogió en su escudo papal el corazón atravesado posado en el libro sagrado, que ya había elegido siendo obispo, inspirándose en Agustín también («*Sagittaveras tu cor meum charitate tua*». (Atravesaste mi corazón con tu amor). Tu peso, diría también Agustín es tu amor (*amor meus pondus meum*, *Conf. XIII*).

No es casual que el nuevo Papa León XIV lleve al pecho la cruz que lleva entre otras reliquias, las de santa Mónica y san Agustín, como si les pidiera que permanecieran junto a su corazón para desde ahí gobernar, enseñar y servir al pueblo que le toca guiar: la cristiandad.



*Cruz pectoral
del Papa León XIV*

